CUADERNOS
historia 16

La II Guerra Mundial (1)

Gabriel Cardona



71

140 ptas

CUADERNOS historia 16

1: Los Fenicios • 2: La Guerra Civil española • 3: La Enciclopedia • 4: El reino nazarí de Granada • 5: Flandes contra Felipe II • 6: Micenas • 7: La Mesta • 8: La Desamortización • 9: La Reforma protestante • 10: España y la OTAN • 11: Los orígenes de Cataluña • 12: Roma contra Cartago • 13: La España de Alfonso X • 14: Esparta • 15: La Revolución rusa • 16: Los Mayas • 17: La peste negra • 18: El nacimiento del castellano • 19: Prusia y los orígenes de Alemania • 20: Los celtas en España • 21: El nacimiento del Islam • 22: La II República Española • 23: Los Sumerios • 24: Los comuneros • 25: Los Omeyas • 26: Numancia contra Roma • 27: Los Aztecas • 28: Economía y sociedad en la España del siglo XVII • 29: Los Abbasíes • 30: El desastre del 98 • 31: Alejandro Magno • 32: La conquista de México • 33: El Islam, siglos XI-XIII • 34: El boom económico español • 35: La I Guerra Mundial (1) • 36: La I Guerra Mundial (2) • 37: El Mercado Común • 38: Los judíos en la España medieval • 39: El reparto de Africa • 40: Tartesos • 41: La disgregación del Islam • 42: Loa Iberos • 43: El nacimiento de Italia • 44: Arte y cultura de la Ilustración española • 45: Los Asirios • 46: La Corona de Aragón en el Mediterráneo • 47: El nacimiento del Estado de Israel • 48: Las Germanías • 49: Los Incas • 50: La Guerra Fría • 51: Las Cortes Medievales • 52: La conquista del Perú • 53: Jaime I y su época • 54: Los Etruscos • 55: La Revolución Mexicana • 56: La cultura española del Siglo de Oro • 57: Hitler al poder • 58: Las guerras cántabras • 59: Los orígenes del monacato • 60: Antonio Pérez • 61: Los Hititas • 62: Juan Manuel y su época • 63: Simón Bolívar • 64: La regencia de María Cristina • 65: Así nació Andalucía • 66: Las herejías medievales • 67: La caída de Roma • 68: Alfonso XII y su época • 69: Los Olmecas • 70: Faraones y pirámides • 71: La II Guerra Mundial (1) • 72: La II Guerra Mundial (2) • 73: La II Guerra Mundial (3) • 74: La II Guerra Mundial (y 4) • 75: Las Internacionales Obreras • 76: Los concilios medievales • 77: Consolidación de Israel • 78: Apocalipsis nuclear • 79: La conquista de Canarias • 80: La religión romana • 81: El crack de 1929 • 82: La conquista de Toledo • 83: La guerra de los 30 años • 84: América colonial • 85: La guerra en Asia (1) • 86: La guerra en Asia (2) • 87: La guerra en Asia (y 3) • 88: El camino de Santigo • 89: El nacionalismo catalán • 90: El despertar de Africa • 91: El Trienio Liberal • 92: El nacionalismo vasco • 93: Los payeses de remensa • 94: La independencia árabe • 95: La España de Carlos V • 96: La independencia de Asia • 97: Tercer mundo y petróleo • 98: La España de Alfonso XIII • 99: El Greco y su época • 100: La crisis de 1968.

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares.
COLABORACION ESPECIAL: José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.° 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41 28037 Madrid. Teléfs.: 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: Adriana González. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 237 70 00, 237 66 50 ó 218 50 16.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.
IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-040-60. Tomo VIII.
Depósito legal: M. 41.536. – 1985.



Hitler saluda militarmente a las tropas alemanas que conquistaron Polonia en tres semanas

Indice

LA II GUERRA MUNDIAL (1)

Por Gabriel Cardona 4

Profesor de Historia Contemporánea.
Universidad Central de Barcelona.

La guerra relámpago 4
Un rayo sobre Polonia 6
La nueva partición de Polonia 8
Invasión en Finlandia 10
La campaña escandinava 10
La tradición ante todo 12
Los planes de guerra 14
Invasión desde el cielo 16
La carrera hacia el mar 18
Operación Dínamo 20
La batalla de Francia 22
Franceses contra franceses 23
León Marino 24
Preliminares navales 26
La batalla de Inglaterra 27
El día del águila 28
Bibliografía 31

La guerra relámpago

Por Gabriel Cardona
Profesor de Historia Contemporánea. Universidad Central de Barcelona

Al contrario de las democracias occidentales, Polonia estaba dispuesta a sostener una guerra en el verano de 1939. Pero había calculado mal sus posibilidades y el apoyo que los aliados le prestarían.

El Estado Mayor sobrevaloraba su capacidad militar, alentado por el recuerdo de la victoria contra los rusos en 1920. Quizá un patriotismo entusiasta, frente a recuerdos de su historia terrible, hacía confiar demasiado al país en su actual libertad.

El Ejército polaco constituía una fuerza imbuida de las teorías francesas. La *École Superiéur de Guerre* de París era el centro pensante de la ortodoxia militar. Los Estados Mayores de toda Europa enviaban allí a sus oficiales como alumnos, porque, veinte años atrás, el Ejército francés había sido vencedor en la mayor guerra conocida.

Las teorías estratégicas de la *École* eran el resultado de las batallas defensivas que agotaron a los alemanes en 1917. Y los polacos, sus alumnos y aliados, pensaban aplicarlas con su Ejército numeroso, mal armado y sin bastante material moderno.

Sus cañones contracarro y antiaéreos eran escasos; los medios blindados, casi una curiosidad. El orgullo de Polonia estribaba en la caballería, que sólo tenía una brigada motorizada. El resto lo formaba una soberbia masa a caballo, veintitantos años después de que el huracán de los jinetes fracasara ante las ametralladoras y las alambradas de la Gran Guerra.

El mito caballeresco estaba vivo en Polonia. Los militares más conservadores de todos los ejércitos europeos amaban el caballo y lo defendían de un declive, que había comenzado en la guerra de Secesión americana. Pero los polacos, con una historia de cabalgadas a sus espaldas, pueblos de la llanura contra los rusos, turcos, austriacos y cosacos, carecían además de potencia industrial para sustituir al caballo por el tanque.

Los generales siempre preferían gastar el presupuesto en sus antiguos y conocidos regimientos que en aviones e ingenios mecánicos, extraños a su mentalidad de soldados obsoletos y heroicos, y ajenos a una Polonia campesina y pastora.

El despliegue defensivo polaco tampoco era afortunado. Para no abandonar regiones consideradas vitales, su línea se aproximó demasiado a la frontera oeste. Si la primera embestida alemana tenía éxito y perforaba el frente, toda la llanura polaca podía ser una vasta retaguardia desnuda.

Guerra relámpago

Con Polonia al este y Francia al oeste, Alemania necesitaba mantener un solo frente, como ya había hecho en 1914. Su intención estratégica era liquidar un frente con la mayoría de sus tropas, para luego concentrar los esfuerzos en el otro. Así, orientó casi todo el Ejército y la Aviación hacia Polonia, mientras la inacabada *línea Sigfrido* apenas era cubierta por una guarnición escasa.

La palabra mágica era *Blitzkrieg*, la guerra relámpago. En las mentes más lúcidas del Ejército alemán pesaba la agonía de la Primera Guerra Mundial. El país no podía sostener largo tiempo otro conflicto de desgaste, sometido a las privaciones y a la erosión continua de sus reservas.

El Ejército estaba además mal preparado. Hitler había asegurado a los generales que no era previsible un conflicto antes de 1944 y, cuando la guerra llegó, no había tanques pesados, sino únicamente de 20 toneladas. Rápidos y débiles de armamento, máquinas aptas para avances profundos e incursiones.

El mariscal Rydz-Smigly, comandante en jefe de las fuerzas polacas

Soldados alemanes levantan las barreras fronterizas que separaban a su país de Polonia

pero incapaces ante un enemigo tenaz y bien armado.

La idea de la *Blitzkrieg* no era propiamente alemana. Fueron militares ingleses quienes desarrollaron, a partir de 1918, la idea de que los tanques eran el arma del futuro. Pero no tuvieron éxito entre sus paisanos, orgullosos de haber ganado la guerra.

A pesar de la evidencia, las batallas de carros de 1917 no iluminaron las mentes de los altos generales aliados. El tanque fue considerado un arma más, integrada en la táctica tradicional y al servicio de la infantería que se movía lentamente a pie.

En Alemania, en cambio, el general Guderian comprendió que los blindados, apoyados por una buena aviación táctica, eran un arma espectacular. Trabajó la idea durante años y, cuando Hitler llegó al poder, encontró su apoyo.

El Alto Mando alemán era reticente a una innovación como aquella, pero tradicionalmente los militares prusianos creían en la ofensiva y las batallas de desgaste no podían serles tan gratas como a los franceses, porque habían sido su gran fracaso.

El grueso del Ejército siguió las ideas de sus generales, mientras se creaban unidades con la nueva concepción. Seis divisiones perfectamente equipadas y organizadas, era todo cuanto había dispuesto en 1939 para la *Blitzkrieg*. Y una magnífica aviación de apoyo, capaz de dominar el cielo sobre las *panzer*, machacar obstáculos y descubrir los movimientos enemigos.

Alemania movilizó 98 divisiones, de las que 52 estaban en activo. Las 46 de reserva llegaron en mala forma: 36 de ellas encuadraban a veteranos de la Primera Guerra Mundial, mayores de cuarenta años y con total desconocimiento del armamento y material moderno. Reclutas con sólo un mes de servicio en filas formaban las otras 10.

Sólo las seis divisiones *panzer* y una aviación de 1.800 aparatos podían llevar a cabo una guerra diferente. Y, aunque no era su proyecto, el Alto Mando aceptó el ensayo.

Un rayo sobre Polonia

El pacto germano-soviético selló, el 23 de agosto de 1939, la suerte polaca. Mientras Europa recibía estupefacta la noticia, las cláusulas secretas estipulaban una nueva partición de Polonia entre alemanes y rusos.

El 1 de noviembre era viernes. La llanura polaca, seca por el fin del verano, ofrecía el marco ideal para una rápida carrera. La frontera con Alemania era amplia, de fácil trazado, vulnerable.

El país era escaso en carreteras, abundante en bosques, arenales y lagos; a mediados de octubre los caminos y los campos se enfangarían y el cielo se enmarañaría de nieblas y brumas. El avance de un Ejército invasor sería entonces un chapotear penoso con difícil apoyo aéreo. Pero la invasión empezó con el alba de aquel viernes.

Sin declaración de guerra, a las cinco de la madrugada atacó la aviación alemana y, una hora después, las tropas cruzaron la frontera. Previamente los alemanes habían montado incidentes fronterizos con alemanes disfrazados de polacos.

Hitler presentó el ataque como una simple operación de castigo. Sólo podía convencer a los convencidos, pero el apoyo aliado a Polonia fue simbólico.

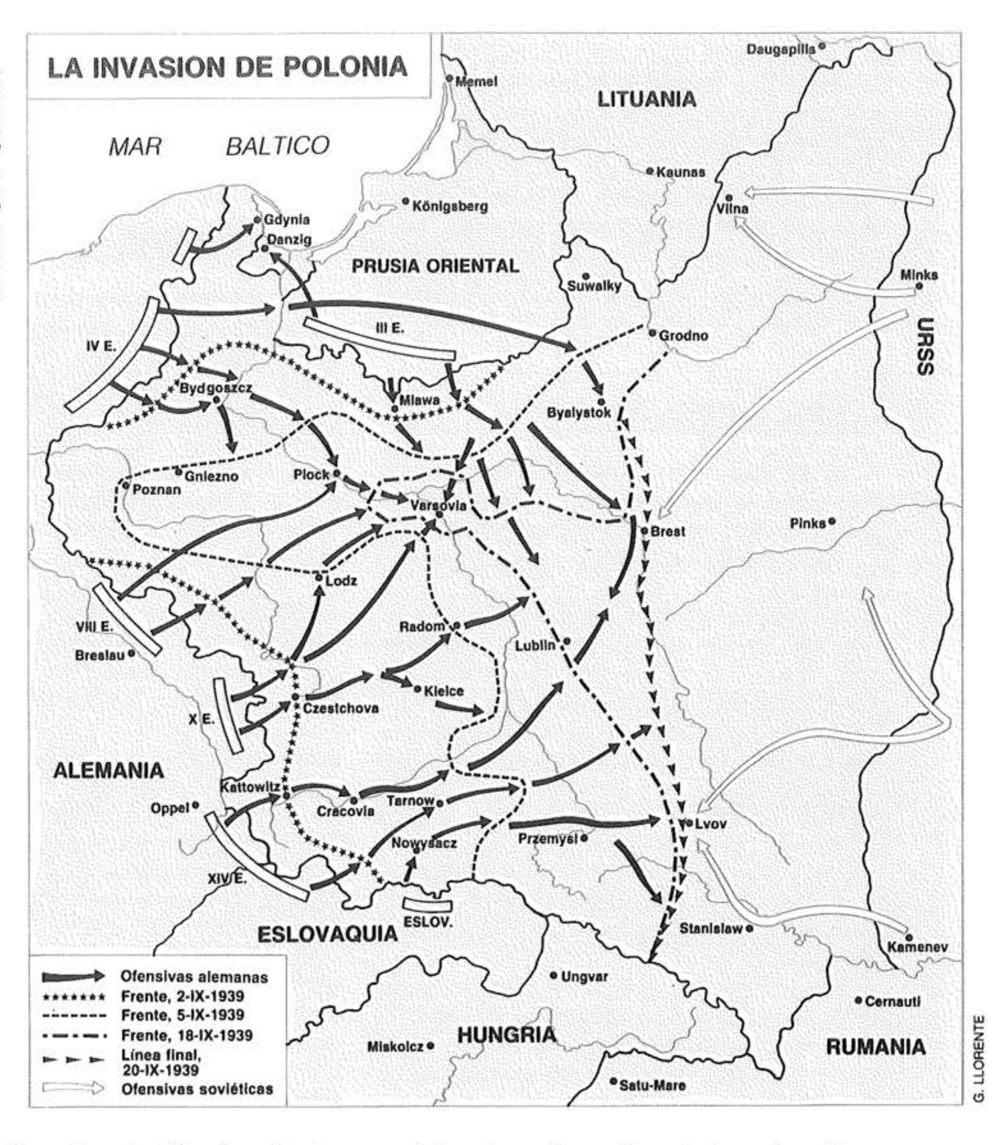
Roosevelt hizo el 1 de septiembre un llamamiento a Inglaterra, Francia, Alemania y Polonia para que no bombardearan ciudades abiertas ni poblaciones civiles. El día 3, Inglaterra y Francia presentaron un *ultimátum* a Berlín para que cesara la invasión. Como Berlín no respondió, declararon la guerra.

Los argumentos de Hitler eran los nuevos métodos de ataque. La aviación devastó los puntos cruciales polacos y colapsó el sistema ferroviario. Los aeródromos vieron reventadas sus instalaciones, destruidos en tierra los aparatos; las bombas dejaron impracticables las pistas, marcadas por cráteres y embudos, como una viruela.

El bombardeo en picado de los *Ju-87 (Stuka)* dio a la aviación capacidad para destruir pequeños objetivos en tiempo mínimo y a poco coste. Mientras, abajo, las unidades acorazadas se movían en grandes conjuntos autónomos, se infiltraban en el despliegue polaco y cortaban sus carreteras, con la impresión de estar en todo. La Luftwaffe, que actuaba dispersa, contribuía a mostrar que los alemanes llegaban a todas partes.

La maniobra corrió a cargo de un Grupo de Ejército (Von Bock) que atacó desde el norte y otro más poderoso (Von Runsdstedt) que lo hizo por el sur. Ambos confluyeron hacia el centro del país para tomar Varsovia.

El rápido y profundo avance, la anulación



La invasión de Polonia por los panzer alemanes significó el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. El mal preparado Ejército polaco fue arrollado en pocas semanas

de los ferrocarriles y la aviación, desorientaron a los polacos. Su Ejército se movió con una confusión extraordinaria, peleando heroicamente, en contraataques infructuosos. Hasta la caballería llegó a cargar contra los blindados, en un choque insensato de la historia contra el acero.

La velocidad fue la gran arma de los alemanes, que lograron cercar a la mayoría de las tropas polacas antes de cruzar el Vístula. Mientras las 40 divisiones de la infantería ordinaria marchaban a pie, los blindados y los automóviles alemanes se internaban en avances de 150 kilómetros y desordenaban la retaguardia enemiga. La velocidad, la audacia y las tácticas espectaculares resolvieron una batalla distinta a lo visto hasta entonces.

El general polaco Sosnkowski concentró sus tropas en el sudeste para organizar la resistencia prolongada mientras los alemanes completaban el cerco del Vístula. Pero el 17 de septiembre el Ejército de la URSS atacó también Polonia.

Al día siguiente el Gobierno polaco se refugió en Rumania. El Alto Mando militar, antes de cruzar la frontera recomendó que se mantuviera la resistencia militar a toda costa. Sirvió para poco.

Varsovia resistió hasta el 29 bajo un duro bombardeo. El resto del Ejército aguantó difícilmente y ochenta mil soldados polacos se refugiaron en países vecinos.

La guarnición de Varsovia se defendió hasta el día 28 y el último foco de resistencia militar cesó el 5 de octubre, mientras algunas guerrillas se mantenían hasta el invierno.

Las reacciones extranjeras no fueron espectaculares. Francia e Inglaterra, aunque

declararon la guerra a Alemania, no tomaron medidas. La flota británica no envió, como era de esperar, un destacamento al Báltico. El Ejército francés, aunque apenas tenía tropas alemanas enfrente, avanzó unos kilómetros en la frontera y luego retrocedió. Italia, en cambio, se declaró, el 1 de septiembre, *no beligerante*, una especie de neutralidad comprometida con un bando.

La nueva partición de Polonia

Los Estados Mayores aliados hicieron oídos sordos a las noticias. No consideraron que la *Blitzkrieg* fuera una guerra auténtica ni que pudiera aplicarse contra Ejércitos poderosos.

La suerte de la nación polaca recordó muchas páginas de su sangrante historia. Alemania se anexionó Danzig, Posnania y Alta Silesia. Rusia se apoderó de territorios poblados por bielorrusos y ucranianos que habían formado parte del imperio zarista.

Sólo alrededor de Varsovia y Cracovia subsistió un remedo de Estado polaco, regido por un *gobernador general* alemán que introdujo las prácticas del Reich: control policial, exterminio de intelectuales, cierre de universidades y condena a trabajos forzados.

Un católico de Franconia, Hans Frank, fue nombrado *gobernador general*. Amante de la música, la literatura y las artes, cultivado y frío burócrata, desencadenó el horror sobre el país.

La *Ausserorddentliche Befriedigungaktion* fue una operación de asentamiento de la raza aria en su *espacio natural*. En un solo año, 1.200.000 polacos y 300.000 judíos fueron deportados al este, en condiciones inhumanas, mortales para muchos.

En su lugar se asentaron alemanes y *Volksdeutsche* (alemanes con nacionalidad extranjera). En ciudades como Cracovia, Czestochowa y Lublin se instalaron *ghettos*. La guerra tomaba caracteres racistas, que la hacían más salvaje.

El Ejército alemán no estaba en condiciones de ser inmediatamente empleado. De las rápidas operaciones de la guerra relámpago resultó un desgaste, tras el que se imponía un alto.

Al concluir la conquista de Polonia, Alemania tenía un déficit de acero de 600.000 toneladas mensuales. Sólo había municiones para cinco días de combate y los carros requerían una reparación y revisión general. Hitler, sin embargo, no hacía excesivo caso a los consejos de los generales más cautos.

Buenas relaciones

El reparto de Polonia se revalidó en una segunda visita de Ribbentrop a Moscú, a finales de septiembre. Estonia, Letonia y Lituania pasaron a la zona de influencia rusa, instalándose guarniciones del Ejército Rojo en Tallin, Riga y Kaunas.

Los intereses de Stalin y Hitler discrepaban al respecto, porque suponía conceder bases navales y aéreas en el Báltico a la URSS. Se entregaba a los rusos media Polonia, los Estados bálticos y la región petrolera de Borislav-Drogobycz. Precio más que elevado porque los Estados bálticos eran las avanzadas históricas de la civilización germánica frente a los rusos.

El pacto suponía, por otra parte, buenas bazas para Hitler. Desmontaba las especulaciones franco-británicas sobre un inminente conflicto entre Alemania y la URSS, y aseguraba las relaciones comerciales con ésta, para contrarrestar el bloqueo británico. Por último, Alemania quedaba libre en el este, para resolver sus problemas con los aliados.

En octubre, Hitler anunció una política de paz con Francia e Inglaterra, que sólo tenía carácter propagandístico. Pedía el reconocimiento de la partición de Polonia, vagas reducciones de armamentos y una conferencia. El rechazo fue total y Hitler anunció que los aliados elegían deliberadamente la guerra.

El acuerdo comercial germano-soviético se firmó el 11 de febrero de 1940. Rusia recibía el crucero *Lützow*, los planos del *Bismarck*, cañones, algunos aviones modernos, máquinas-herramienta y prototipos de armamento. A cambio, Alemania obtenía cereales, petróleo, fosfatos, algodón y permiso de tránsito para la soja de Manchuria que necesitaba.

En su pacto con el diablo, ambos compraban unos meses para maniobrar en libertad. A Hitler le hacían falta para enfrentarse a los aliados; a Stalin, para solidificar su posición en el Báltico y poner a punto el Ejército.

Alentados por el tratado con los alemanes y la expansión en los territorios bálticos, los rusos pidieron a Finlandia la entrega de instalaciones militares y territorios clave.

*Agosto de 1939.
En Varsovia,
los peatones se detienen
ante los carteles
de movilización*

*Dos de septiembre.
Al abrigo de los blindados,
la vanguardia alemana
penetra de madrugada en los
arrabales de Danzig*



Existía un *tratado de no agresión fino-ruso* desde 1932. Como Finlandia se negó a la entrega, Stalin lo denunció y, sin previo aviso, el Ejército cruzó la frontera el día 30 de noviembre de 1939.

Invasión en Finlandia

El núcleo del conflicto era el istmo de Carelia, territorio de 250 kilómetros de profundidad, avanzada estratégica de Finlandia. Con ayuda de ingenieros belgas, se había construido allí la *línea Mannerheim*, campo fortificado de buena calidad.

Cuando llegó la invasión, los finlandeses emplearon una doble táctica: concentraron 7 divisiones para defender la *línea Mannerheim* y desplegaron otras 3 al norte del lago Ladoga, para luchar en pequeños destacamentos.

El ataque ruso se dirigió al norte. En el invierno feroz, entre los lagos y los bosques helados, las guerrillas finlandesas frenaron a los rusos, que sufrieron grandes pérdidas, embotellados en los difíciles caminos del paisaje ártico.

Alemania guardó silencio ante la agresión de su aliado Stalin, pero en toda Europa nació una campaña de apoyo a Finlandia y la URSS fue expulsada de la Sociedad de Naciones el 14 de diciembre.

Un Ejército de 300.000 hombres no podía progresar y ponía en evidencia la debilidad militar de la URSS, sin que el bombardeo de Helsinki hiciera más que aumentar su descrédito. Quizá se debía al desorden de las purgas de jefes militares en 1937, pero, en diciembre, 30 divisiones rusas habían sido ya movilizadas sin resultado.

Al fracasar dos ataques rusos contra la *línea Mannerheim* los días 10 y 19-22 de diciembre, la contraofensiva finlandesa se animó. Con temperaturas de hasta 50 grados bajo cero y utilizando todas las técnicas para moverse sobre la nieve, los finlandeses lograron dos victorias en Soumussalmi (31 diciembre 1939 y 8 enero 1940).

Pero los rusos, que mantenían un *Gobierno popular finlandés* en Terijolki, enviaron 600.000 hombres más durante febrero. El desgaste finlandés era inevitable y ya el día 1 de febrero cayó la primera posición de la *línea Mannerheim*. Entre los días 10 y 18, los rusos rompieron el frente y lanzaron paracaidistas a retaguardia. El mariscal Mannerheim se retiró hacia Viipuri, que los rusos tomaron el 2 de marzo.

Tras la derrota finlandesa se firmó un tratado de paz en Moscú (12 marzo 1940) en el que la URSS obtuvo el puesto militar de Hango y las islas Aland, fundamentales posiciones militares en el Báltico. Los finlandeses mantuvieron cierta independencia política que, incluso, les permitió atacar nuevamente a la URSS con ocasión de la invasión alemana.

Los observadores militares extrajeron dos consecuencias de la guerra: las fortificaciones de la *línea Mannerheim* habían sido eficaces y el Ejército de la URSS era de baja calidad.

Los franceses dedujeron que su *línea Maginot* era el soporte de una doctrina estratégica adecuada, y los alemanes se convencieron de que su futura invasión a la URSS sería un paseo militar entre enemigos desbandados. Ambos se equivocaron.

La campaña escandinava

Noruega, país neutral, mantenía relaciones comerciales con ingleses y alemanes. El mineral de hierro del norte de Suecia era vital para la industria alemana y se exportaba a través del Báltico, hasta que el invierno helaba sus aguas. Entonces, el mineral viajaba al puerto noruego de Narvik, donde era cargado en dirección a Alemania.

Tras la guerra de Finlandia, la neutralidad noruega quedó comprometida y los ingleses hicieron planes para cortar la *ruta del hierro* de los alemanes mediante la ocupación. El Reich preparó un plan para adelantarse a los aliados y ocupar Noruega, magnífica base aeronaval para el ataque a Inglaterra.

La tensión se materializó cuando, en febrero de 1940, el destructor inglés *Cossacks* abordó al buque *Altmark*, auxiliar del acorazado corsario *Graf Spee*, que se dirigía a Alemania por aguas noruegas, con 300 prisioneros ingleses a bordo.

En marzo, mientras ingleses y franceses se retrasaban, los alemanes ultimaron el plan de operaciones, apoyado por la conspiración de Vidkun Quisling, un militar noruego, fundador del partido fascista *Nasjonal Samling*.

Al amanecer del 9 de abril desembarcaron tropas nazis en Narvik, Trondheim, Bergen, Kristiansand, Oslo y Egersund, en una operación combinada de los tres ejércitos. Simultáneamente ocuparon Dinamarca en pocas horas y casi sin resistencia.

La invasión de Noruega fue bastante sim-





Risto Ryti, presidente finlandés en 1940 (arriba). *Mariscal Mannerheim, comandante en jefe del Ejército finlandés* (abajo)

MAR DE BARENST
NORUEGA
Petsamo
XIV E.
Murmansk
SUECIA
Kuolajarvi
Salla
Kemijarvi
CARELIA
URSS
Kemi
Lulea
IX E.
GOLFO DE BOTNIA
Oulu
Soumussalmi
FINLANDIA
Nurmes
Vaasa
Kuopio
Aglajarvi
VIII E.
Pori
Tampere
LAGO LADOGA
Viipuri
Taipale
Turku
Kotka
Helsinki
Porkkala
GOLFO DE FINLANDIA
Terijoki
ISL. ALAND
Hango
Leningrado
XII E.
Tallin
VII E.

LA GUERRA RUSO-FINLANDESA

Línea Mannerheim

Ofensivas rusas, nov.-dic. 1939

Frente, diciembre 1939

Contraofensivas finlandesas

Territorios perdidos por Finlandia en 1940

Las tropas soviéticas encontraron grandes dificultades en su ofensiva sobre Finlandia y sólo tras la ruptura de la línea Mannerheim pudieron imponer sus condiciones a los finlandeses

ple. Dos mil hombres y un batallón de paracaidistas iniciaron una operación que sólo empleó 3 divisiones, 10 cruceros, 14 destructores, 28 submarinos, buques auxiliares, 800 aviones de combate y 250 de transporte. Los alemanes se presentaron a las autoridades locales como protectores ante una invasión aliada que estaba a punto de producirse.

El Ejército noruego no estaba movilizado y opuso poca resistencia. Algunas baterías de costa y buques de guerra combatieron bravamente hasta ser destruidos por los alemanes, que no encontraron grandes obstáculos.

La mala información y dirección aliadas contrastó con la decisión y planificación enemigas. El plan británico de invasión estaba listo cuando desembarcaron los alemanes; preveía no encontrar resistencia en Noruega y resultó inaplicable con los nazis esperándoles. Por ello, la primera reacción inglesa no se produjo hasta el 10 de abril.

El empleo masivo de la aviación alemana fue una sorpresa, primero para los noruegos y después para el Almirantazgo, que, temeroso del poder aéreo alemán, perdió los iniciales y decisivos días de la invasión.

El rey Haakon VII, el Gobierno y el Parlamento noruegos abandonaron Oslo para instalarse en Hamra, mientras Quisling se autoproclamaba primer ministro. El embajador alemán pretendió que el rey reconociera a Quisling, pero no aceptó y prefirió encabezar la resistencia.

La acción inglesa se concentró en algunas incursiones navales contra la flota alemana y desembarcos de tropas aliadas sin artillería ni blindados que, machacadas por la Luftwaffe, debieron retirarse. El esfuerzo de la defensa aliada de Noruega se concentró en el norte.

El 14 de abril, un desembarco inglés había recuperado Narvik, donde 2.000 soldados alpinos austriacos llevaban a cabo una campaña eficaz. A bordo del crucero británico *Glasgow,* el rey Haakon y su Gobierno se trasladaron a Narvik, que se convirtió en capital y símbolo de la resistencia contra los nazis.

Veinticinco mil soldados ingleses, noruegos, polacos y dos batallones de la *légion étrangere* francesa pelearon en tierra, hasta que el ataque alemán contra Francia hizo abandonar a los aliados. El 7 de junio, el rey y el Gabinete zarparon en el *Devonshire,* en dirección a Londres, para formar un Gabinete en el exilio. El día 12 se rindieron las últimas tropas aliadas de Narvik.

El 15, Quisling fue destituido por los alemanes, que nombraron un consejo formado por seis personalidades noruegas. El 24, Hitler nombró *Comisario del Reich* al nazi Joseph Terboven.

La victoria escandinava resulto muy costosa para la Marina del Reich, que se vio disminuida para las siguientes operaciones. Pero la audacia del Ejército alemán y sus innovadores métodos de combate eclipsaron la táctica catastrófica de los aliados, todavía sin una clara doctrina de guerra. De momento los noruegos sufrieron las consecuencias.

La tradición ante todo

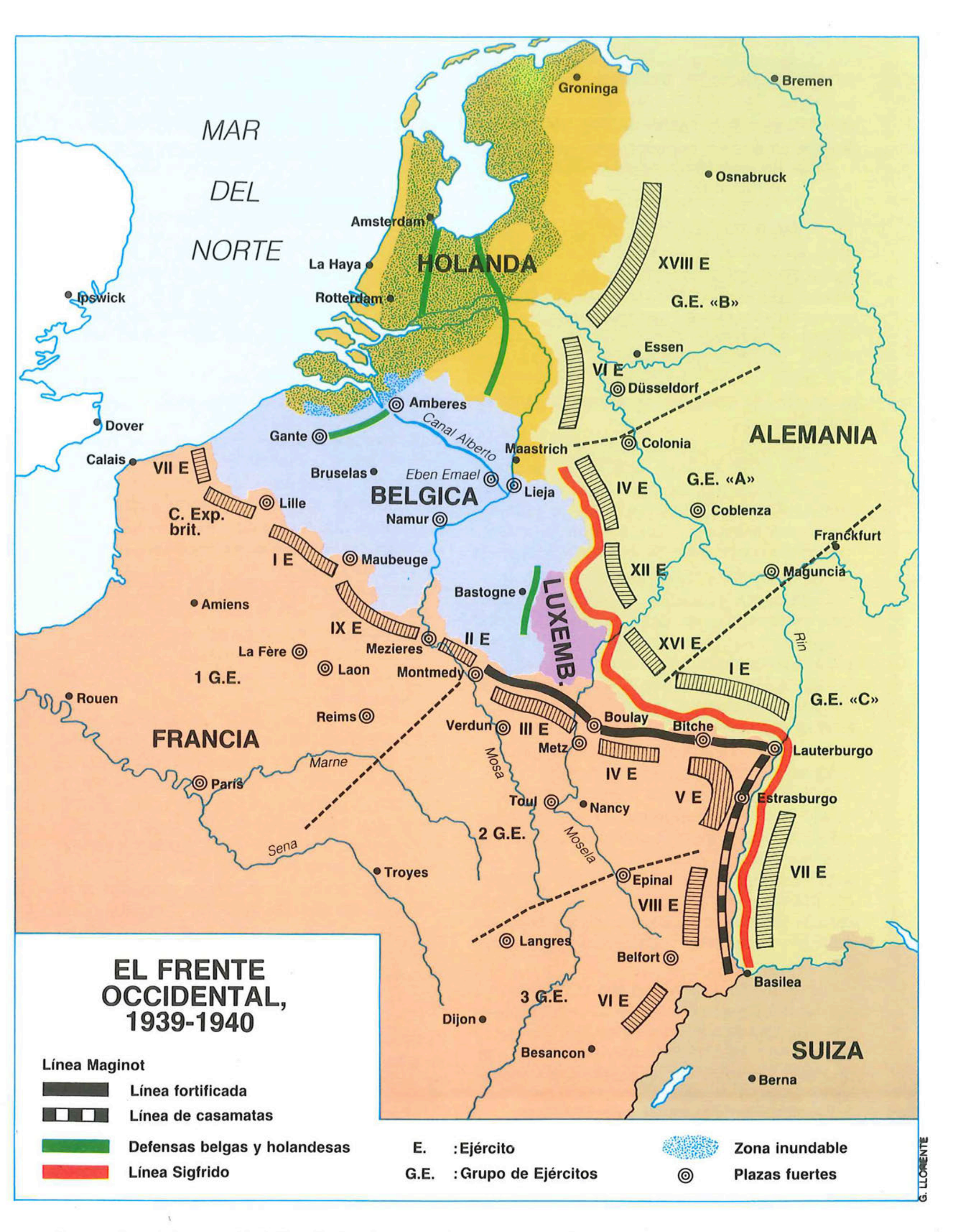
Las *lecciones de la Gran Guerra* habían hipnotizado a los militares europeos y Francia era el gran templo del espejismo. El pacifismo de la población veía con gusto un Ejército defensivo y los militares desconfiaban mayoritariamente de las doctrinas renovadoras.

El rearme alemán inquietó moderadamente a los políticos franceses, y en julio de 1938 se aprobó la ley para la *organización general en tiempo de guerra.* Pero no se creó un Ministerio de Armamentos hasta septiembre de 1939, y tampoco entonces la política de rearme se aceleró demasiado.

Prevalecía una situación de desesperanza política y social que explotaban grupos como el *Comité France-Allemagne,* en estrecho contacto con Laval. El país, ante la amenaza hitleriana, prefería esconder la cabeza bajo el ala de la *línea Maginot,* una fortificación inmensa que cubría la frontera con Alemania, con fama de inexpugnable.

Según el Estado Mayor, tras esa muralla china, dotada de baterías pesadas, alojamientos para la tropa y comunicaciones interiores, debía ampararse la movilización general del pueblo francés en caso de guerra, mientras los alemanes se estrellaban en la solidez de sus campos fortificados. El pensamiento militar francés estaba obsesionado por la fe en *la línea* y presidido por momias sagradas de la Gran Guerra, como Pétain o Weygand, enemigos de los carros y los aviones, a los que consideraban meros auxiliares del combate tradicional.

El Ejército británico, que había sido un apéndice del francés en la Gran Guerra,



Pese a su fama de inexpugnable, la Línea Maginot fue incapaz de contener a las divisiones alemanas en junio de 1940. La falta de fortificaciones en la frontera belga dejaba al descubierto gran parte del dispositivo militar francés

estaba poseído del mismo espíritu defensivo. Y mientras los Estados Mayores preparaban la guerra de los años cuarenta con las ideas de 1917, había nacido una teoría heterodoxa de la mano de dos oficiales ingleses: J. F. C. Fuller y B. H. Liddell Hart.

Eran militares profesionales que estudiaron las posibilidades de los carros en una guerra moderna. Naturalmente sin eco en el conservador Ejército británico, Liddell Hart abandonó el servicio *por motivos de salud* para dedicarse libremente a los estudios militares. También cuando, en Francia, el coronel De Gaulle discrepó de la doctrina oficial y escribió *Vers l'Armée de Metier* (1934), un libro partidario de la guerra mecanizada, fue repudiado por la táctica oficial y se ganó la antipatía de Pétain, que había sido su protector.

El generalato alemán tampoco era propicio a las innovaciones. Fue su excepción el general Guderian, un entusiasta de las teorías de Fuller y Liddell Hart, que se enfrentó a los defensores de la tradición y conectó con otros partidarios de la guerra acorazada como Rommel o Von Manstein.

Göring, por su parte, un antiguo aviador que comprendía las posibilidades del arma aérea, aprovechó su vinculación al nazismo para desarrollarla. Las nuevas tácticas permitían a Hitler declarar la guerra antes de completar el rearme, por lo que éste acogió la idea como un milagro.

Los fallos del servicio francés de información ayudaron a preparar el desastre. Atribuían al Ejército y a la Aviación alemanes efectivos muy superiores a la realidad; ignoraban en cambio la existencia de métodos nuevos como el bombardeo en picado, ensayado en la guerra civil española y puesto en práctica en Polonia. Cuando la guerra estalló, muchos oficiales franceses desconocían por completo el significado de la palabra *Stuka*.

No había una superioridad manifiesta de los alemanes. El número de carros franceses era ligeramente inferior, pero su blindaje y armamento resultaban más potentes, aunque los alemanes les superaban en velocidad y radio de acción.

La gran diferencia era organizativa: los blindados franceses estaban desperdigados en las unidades y la mitad pertenecía a la reserva del Alto Mando; los alemanes se concentraban en las divisiones *panzer* y podían atacar en masa.

La Aviación francesa, la más adelantada de los años treinta, había quedado retrasada; pero, aun así, contaba con 700 cazas, más de 150 bombarderos y podía compensar la superioridad alemana con el apoyo de los aviones ingleses.

Los planes de guerra

Como en la Primera Guerra Mundial, Francia llevaba la iniciativa e Inglaterra era un aliado que, en mayo de 1940, envió al continente un Ejército expedicionario de 10 divisiones apoyadas por una fuerza aérea de 460 aparatos.

El primer supuesto fue considerar que la *línea Maginot* era inexpugnable. La larga fortificación iba desde la frontera suiza hasta la de Luxemburgo, con muros de hormigón de hasta 3 metros de espesor y blindajes de 25 centímetros de acero, precedidos por líneas de obstáculos contracarro.

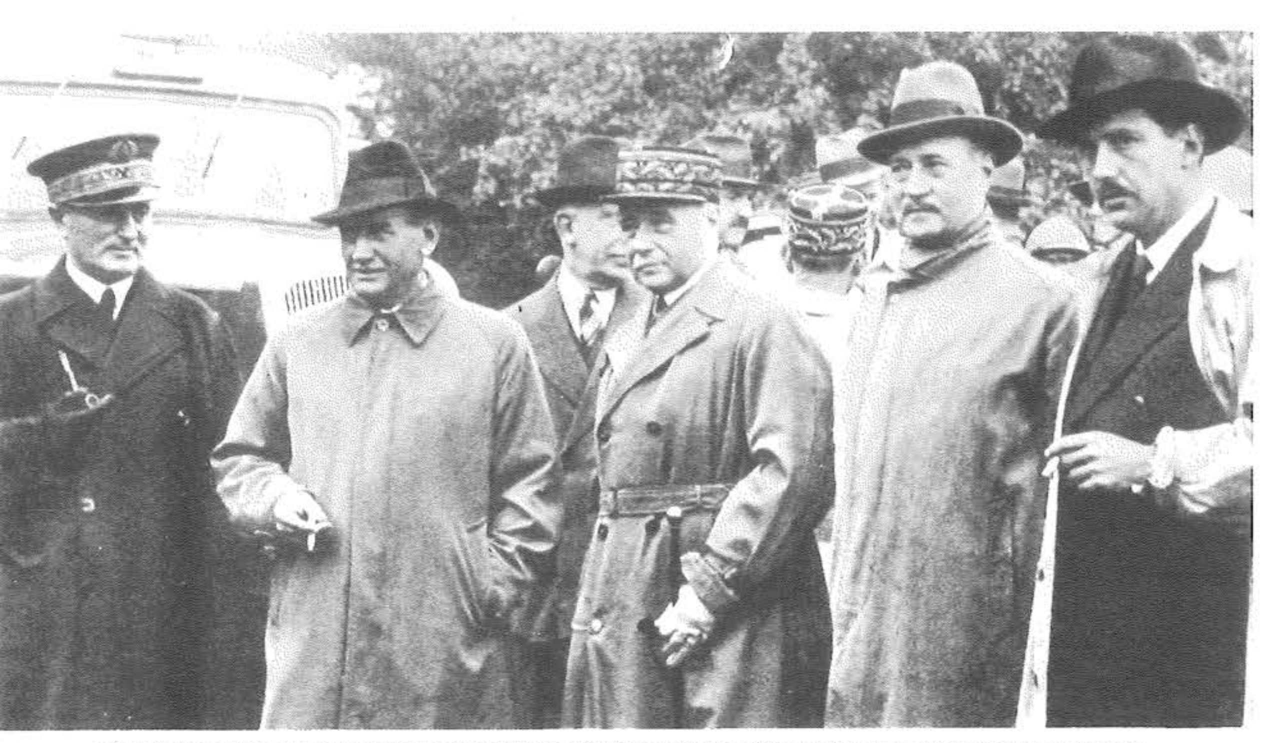
La *línea* no se prolongaba en Bélgica, que se había declarado neutral en 1936, y contaba con una cadena de fuertes, el más importante de los cuales era Eben Emael, considerado una obra maestra de la fortificación. Holanda, en cambio, confiaba en su tradicional sistema defensivo de combinar las inundaciones, los canales y ciertas fortificaciones.

El macizo de Las Ardenas, al norte de la *línea Maginot,* era considerado infranqueable para un Ejército y, desde luego, imposible para unidades blindadas. Más al norte transcurría la gran llanura belga. La lógica decía que los alemanes atacarían por allí, para invadir Francia desde el norte y tomar la *línea Maginot* por la espalda.

El plan aliado se centró en preparar una fuerza poderosa al norte de Francia, para penetrar en Bélgica cuando fuera invadida y enfrentarse a los alemanes aprovechando el resguardo transversal de los canales y ríos de la línea del Dyle.

Es decir, el Estado Mayor francés estaba convencido de que los alemanes repetirían el plan Schlieffen, utilizado en la guerra de 1914. Porque la llanura central belga era un terreno perfecto para el avance de las unidades acorazadas. Según ello, la intervención de la masa de maniobra francesa debía ser rápida en atajar a los alemanes. De ahí que se asignaran a este frente las mejores divisiones mientras Las Ardenas eran apenas vigiladas por escasas fuerzas.

En el conjunto del frente nordeste había



El Estado Mayor francés a comienzos de la guerra. El almirante Darlan y el general Gamelin flanquean al jefe del Gobierno, Daladier

91 divisiones francesas, 10 inglesas, 20 belgas y 8 holandesas. A finales de mayo entró en la línea una división acorazada británica, mientras los franceses, que ya contaban con 3 acorazadas y 3 ligeras motorizadas, organizaban una nueva de cada tipo. Pero habían perdido una magnífica ocasión de atacar mientras los alemanes estaban ocupados en Polonia.

Los planes alemanes habían sufrido una larga depuración. El borrador inicial recordaba el plan de campaña empleado en 1914. Era un estudio ortodoxo del Estado Mayor que pretendía conquistar rápidamente Luxemburgo, Bélgica y Holanda para ocupar, en el menor tiempo, las bases navales y aéreas aptas para atacar Gran Bretaña.

A finales de octubre de 1939 el plan tuvo un detractor: el general Von Manstein lo acusó de excesivamente lento. Fatalmente, una penetración por la llanura belga tropezaría de frente con los Ejércitos aliados. Una larga batalla de encuentro o el choque contra posiciones fortificadas llevaría a un callejón sin salida, similar al de la Primera Guerra Mundial.

El general argumentaba que debía intentarse una solución audaz: Las Ardenas no eran infranqueables y convenía lanzar secretamente la mayor parte de los carros a través de ellas. El enemigo sería sorprendido y su frente se derrumbaría. La tesis, excesivamente heterodoxa, fue rechazada.

En el invierno, el plan continuó en discusión, con algunas modificaciones introducidas por voluntad de Hitler, empeñado en atacar cuanto antes, mientras los generales preferían reorganizar el Ejército, tras los esfuerzos de los últimos meses.

Las variaciones no hicieron mella en la idea básica de la maniobra: una potente ofensiva por la llanura central belga, para caer luego sobre el norte de Francia.

Von Manstein mantuvo su oposición hasta que, el 17 de febrero de 1940, fue enviado a Prusia, porque el Estado Mayor deseaba librarse de su postura, cada vez más incómoda. En el nuevo destino encontró, sin embargo, la ocasión para entrevistarse con Hitler y convencerle de que su estudio del terreno de Las Ardenas era correcto.

La oposición en el cuartel general se mantuvo algún tiempo, pero, al fin, se aceptó el plan de Von Manstein, reforzado incluso en algunos de sus extremos más radicales.

Un accidente contribuyó también a modificar el plan alemán: el 10 de enero un avión militar extraviado aterrizó accidentalmente en Bélgica. El oficial que viajaba en él llevaba consigo el primer plan de operación y cayó en poder de los aliados.

Ello impulsó también a Hitler a descartar la invasión por la llanura belga y aceptar el paso por Las Ardenas. Los aliados creyeron que todo había sido una estratagema para engañarlos y que, efectivamente, la invasión tendría lugar en el centro de Bélgica.

Invasión desde el cielo

Antes de terminar la campaña noruega, los alemanes iniciaron el ataque al oeste. Si no hubieran adoptado el plan de Von Manstein, sus planteamientos habrían coincidido con los del Estado Mayor aliado; pero la variación desbarató las previsiones franco-británicas.

La operación se inició con el ataque a Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Los alemanes prepararon una fuerza de ataque reducida para resolver los combates relámpago que debían decidir la situación.

Eran una fuerza aérea importante, con sólo 10 divisiones blindadas, una de paracaidistas y otra aerotransportable. Las 135 divisiones restantes de la fuerza de invasión debían progresar al amparo del éxito de la vanguardia.

La clave estaba en la sorpresa y la ágil coordinación de los paracaidistas, los tanques y los aviones. Ni más ni menos que lo hecho hasta entonces, sin que los Estados Mayores aliados parecieran darse cuenta.

El 10 de mayo de 1940, La Haya, capital de Holanda, y Rotterdam, nudo vital de comunicaciones, fueron atacadas por aviones alemanes mientras las tropas cruzaban la frontera. Holanda se colapsó en desorden ante el doble ataque fulgurante.

Alemania tenía sólo 5 batallones de paracaidistas y una división aerotransportada. Cuatro de los batallones y un regimiento aerotransportado fueron lanzados hacia los puentes de Rotterdam, Dordrecht y Moerdijk sobre la principal ruta del sur. La invasión aérea los conquistó, evitó que los holandeses los volaran y los mantuvo expeditos para el paso de las divisiones alemanas.

Un batallón de paracaidistas y dos regimientos aerotransportados se lanzaron sobre La Haya para capturar al Gobierno y los centros claves de la Administración, pero fracasaron.

Con un fondo de bombardeos contra las ciudades, los carros alemanes hallaron el país sin que los canales y los ríos fueran obstáculo. Se trataba de una sola división *panzer*, pero en tres días pudo enlazar con los aerotransportados de Rotterdam. A los dos días capitulaba el Gobierno, la reina Guillermina huía a Londres y la flota mercante se refugiaba en puertos británicos.

El ataque a Bélgica siguió técnicas parecidas, aunque fue más duro. Un Ejército (el VI de Von Reichenau) era responsable de la operación, pero le cerraba el camino el canal Alberto, cruzado por dos puentes y protegido por el fuerte Eben Emael, capaz de resistir cualquier ataque. Los dos puentes, por su parte, estaban minados y su guardia tenía la orden de volarlos ante el enemigo.

Según la propaganda alemana, miles de paracaidistas caían en todos los rincones. En verdad había sólo 500 soldados aerotransportados disponibles para la invasión de Bélgica. Setenta y dos de ellos aterrizaron sobre el techo del fuerte Eben Emael, en aparatos nuevos y silenciosos: los planeadores.

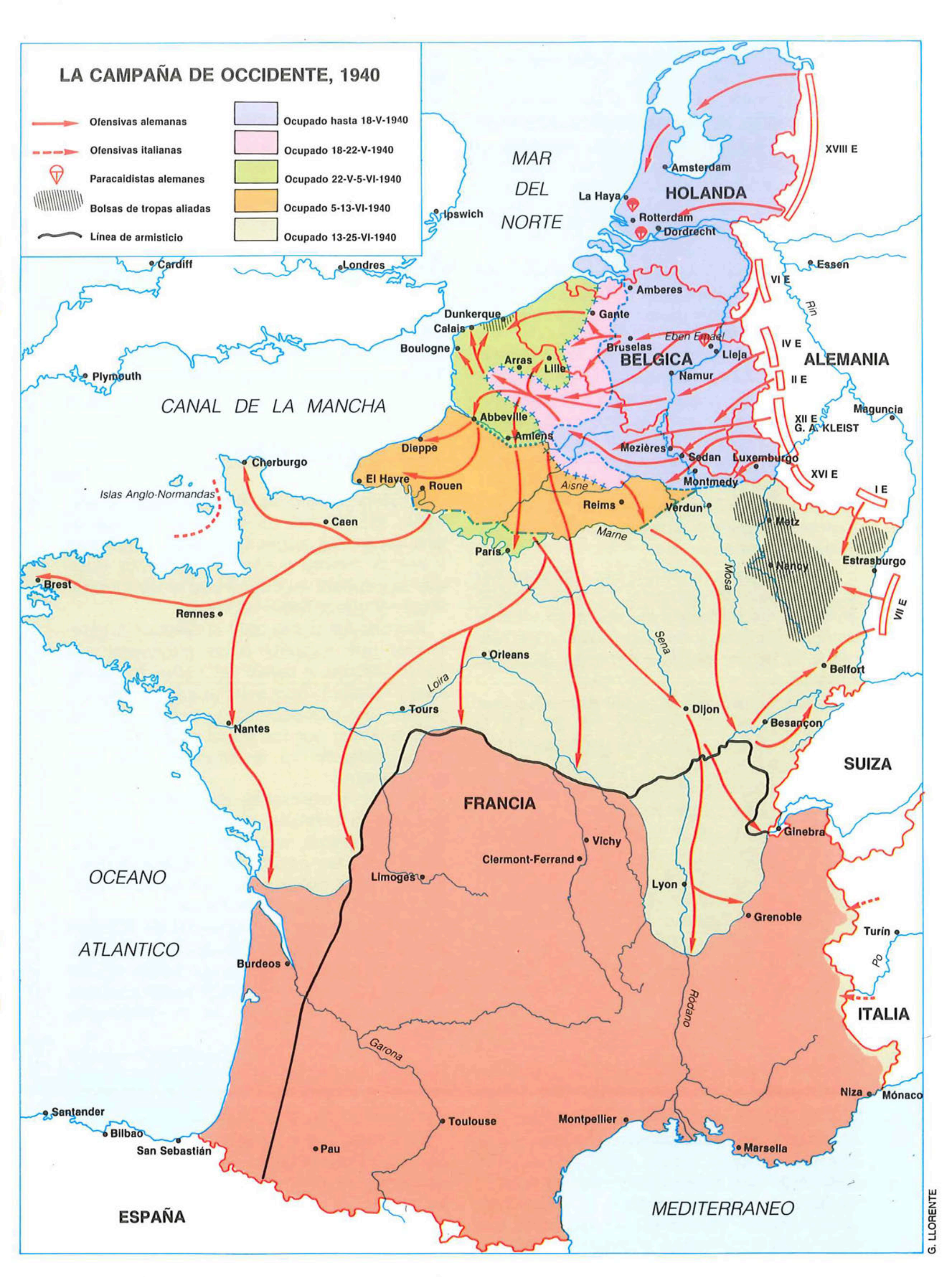
El ataque sorpresa voló las casamatas, destruyó las armas y redujo a la guarnición. La guardia de los puentes fue capturada por los paracaidistas, que cayeron en el lugar sin dar tiempo a la voladura. Al día siguiente, 2 divisiones *panzer* cruzaron los puentes y se desplegaron al otro lado.

Los aliados quedaron convencidos de que Bélgica era el esperado escenario de la invasión. Y lanzaron hacia allí las mejores reservas móviles, de acuerdo con sus planes de campaña.

El ardid inesperado

La meticulosa doctrina francesa establecía una liturgia guerrera y se esperaba que los alemanes actuaran de acuerdo con ella. Al primer contacto de los Ejércitos debía seguir la distribución de los asentamientos artilleros, la preparación concienzuda mediante un bombardeo y, finalmente, el ataque en regla. Entretanto, el defensor tomaría sus medidas, aproximaría las reservas y esperaría el asalto.

Nada ocurrió así. Los alemanes se movieron vertebrados por un nervioso sistema de mando. Con planes parciales y órdenes verbales sobre el propio terreno, los generales de las unidades acorazadas marcharon en los primeros escalones, más atentos a mantener la velocidad que a un movimiento cauto y meticuloso. Y mientras los alemanes conocían a la perfección el plan francés, el



LA CAMPAÑA DE OCCIDENTE, 1940
Ofensivas alemanas
Ofensivas italianas
Paracaidistas alemanes
Bolsas de tropas aliadas
Línea de armisticio
Ocupado hasta 18-V-1940
Ocupado 18-22-V-1940
Ocupado 22-V-5-VI-1940
Ocupado 5-13-VI-1940
Ocupado 13-25-VI-1940
MAR DEL NORTE
HOLANDA
Amsterdam
La Haya
Rotterdam
Dordrecht
XVIII E
Ipswich
Cardiff
Londres
Essen
VI E
Amberes
Gante
Dunkerque
Calais
Boulogne
Eben Emael
Bruselas
Lieja
IV E
ALEMANIA
BELGICA
Namur
II E
Arras
Lille
Plymouth
CANAL DE LA MANCHA
Abbeville
Amiens
XII E
G. A. KLEIST
Maguncia
Mezières
Sedan
Luxemburgo
Montmedy
XVI E
Dieppe
Cherburgo
El Havre
Rouen
Aisne
Islas Anglo-Normandas
Reims
Verdun
I E
Caen
Metz
Marne
Nancy
Estrasburgo
París
Brest
Rennes
Mosa
VII E
Sena
Orleans
Belfort
Loira
Tours
Dijon
Nantes
Besançon
SUIZA
FRANCIA
Ginebra
Vichy
Clermont-Ferrand
OCEANO
Limoges
Lyon
Grenoble
ATLANTICO
Turín
Po
Burdeos
Ródano
ITALIA
Garona
Niza
Mónaco
Santander
Toulouse
Montpellier
Bilbao
San Sebastián
Pau
Marsella
ESPAÑA
MEDITERRANEO
G. LLORENTE

mando aliado seguía convencido de que el ataque principal se estaba produciendo en Bélgica.

El 10 de mayo, junto a la frontera de Luxemburgo, la mayor concentración de tanques vista hasta entonces, esperaba la aurora para marchar a través de Las Ardenas, el macizo que los franceses creían infranqueable. Dos núcleos acorazados, seguidos de un tercero de infantería mecanizada: un total de 50 divisiones estaban preparadas para seguir los pasos de la vanguardia acorazada (19 Cuerpo blindado de Guderian) que iniciaba la aventura de meterse en aquel terreno.

Protegidos por la espesura de los bosques, los carros se encajonaron en caminos de leñadores, entre chirridos y tumbos. Cuando los informes señalaron la presencia de tanques en Las Ardenas, no había más que unidades de caballería para interceptarlos. En la noche del 12 al 13 fue llamada a primera línea una división de infantería francesa, que llegó retrasada y provocó más desorden que otra cosa.

Los alemanes cruzaron Las Ardenas con la necesidad de atravesar el Mosa cuanto antes. Si los franceses les hubieran retrasado con voladuras y destrucciones, y atacado luego el flanco, habrían vencido. Jamás lo hicieron.

Guderian decidió cruzar el río sin esperar la llegada de su infantería. El día 13, la Aviación alemana atacó las posiciones enemigas mientras, desde el otro lado del Mosa, los carros y la artillería de campaña cañoneaban los refugios franceses.

A las cuatro de la tarde, botes de goma alemanes entraron en la corriente, mientras el pánico se adueñaba de los defensores de aquel sector, considerado tranquilo la semana anterior. Durante la noche, con sus carros aún en la otra orilla, los alemanes mantuvieron una débil cabeza de puente.

Pero enfrente sólo se pensaba en huir: los bombardeos en picado, el avance de los carros, la maniobra inesperada, habían precipitado, en los caminos hacia la retaguardia, un tropel de soldados despavoridos.

La sorpresa y la audacia, más que las armas, habían deshecho la moral francesa. El día 14, sólo una división alemana había cruzado el río a través del único puente disponible. Los aliados no pudieron neutralizarlo ni con la acción aérea ni con el ataque de flanco, temido por los alemanes durante toda la maniobra, aunque jamás llegó.

Los comandantes franceses trataron de ocupar posiciones de barrera, pero el caos se adueñó progresivamente del Ejército. Sólo la *1.ª División* mantuvo una actitud firme; en el desorden general debía atacar el día 15, cuando apenas le quedaba gasolina y la artillería no había llegado a sus asentamientos. En un combate confuso, frente a 3 divisiones *panzer*, perdió casi todos sus carros, pero destruyó un centenar de los enemigos.

El mismo día, Billote, el general jefe del *IX Ejército*, fue sustituido por Giraud, que sólo tuvo tiempo de presenciar cómo sus unidades perdían la conexión, aisladas, desbandadas, desbordadas y deshechas. El 16 de mayo de 1940 los alemanes se lanzaron hacia el oeste en cuatro direcciones.

La carrera hacia el mar

El Mando trató de establecer un nuevo frente más al sur, mientras en Bélgica se mantenían las tropas francesas, británicas y belgas. Frente a ello, los alemanes decidieron penetrar en cuña entre ambas formaciones y correr hacia la costa.

Era una maniobra muy arriesgada y heterodoxa que inquietó a los generales más conservadores y reveló las dotes de Guderian y Rommel. Este mandaba la *7.ª División panzer* con procedimientos personalísimos: solía marchar con las vanguardias y adaptaba la maniobra a la situación que veía directamente.

Los carros avanzaban en cabeza, sin empeñarse en combate, preocupados sólo por ganar kilómetros; tras ellos la infantería limpiaba sólo las posiciones imprescindibles, mientras la artillería cubría los flancos. Todo bajo la protección de los *Stukas*.

El 15 de marzo la vanguardia de Rommel avanzó 20 kilómetros, al día siguiente 40; el 17, el general regresó en busca de las tropas, que habían quedado atrás mientras su carro se internaba en el despliegue francés.

El mismo día, el coronel De Gaulle recibió la orden de atacar, al frente de su cuerpo de carros. Según las previsiones del Mando, otros dos grupos debían estar con él.

Pero estaba solo. Los 150 vehículos avanzaron 20 kilómetros en solitario, sin apoyo de nadie. Al fin debieron retirarse ante el ataque de los *Stukas*.

Ese mismo día, el espíritu timorato del general Von Kleist relevó del mando a Gu-



La infantería holandesa fue incapaz de contener el avance alemán

derian, por haber ido demasiado lejos y demasiado aprisa, y ordenó que las tropas se detuvieran. El 18, sin embargo, continuó la operación.

Los intentos franceses para organizar posiciones de barrera resultaban estériles: antes de que las tropas estuvieran situadas llegaban los blindados alemanes.

El 19, mientras la división de Rommel descansaba veinte horas, De Gaulle se empeñó en otro combate infructuoso hacia el norte hasta que el Alto Mando le ordenó retirarse.

A los ocho días de haber cruzado el Mosa, los blindados llegaron al mar y la *2.ª División panzer* tomó Abbeville. Habían cortado las líneas de suministro de los aliados en Bélgica, y los *panzer* estaban a su retaguardia.

El Ejército británico que combatía allí tenía difícil retirada: los alemanes estaban al sur de los puertos del canal, su única vía de regreso. El día 22 los *panzer* aislaron Boulogne; el 23, Calais. Los vanguardistas estaban ya en Gravelines, a sólo 15 kilómetros de Dunkerque.

Las tropas del general Reinhart llegaron también al canal en la línea Aire-St. Omer. Dunkerque era ya la única salida para el ejército expedicionario inglés, y los *panzer* lo iban a tomar. Entonces Hitler dio orden de detenerse.

Una semana antes el general Gort, jefe del Ejército británico, había informado a su Gobierno que estudiaba una posible retirada hacia Dunkerque. El Gabinete le dio instrucciones de internarse hacia el sur de Francia y romper el cerco de los alemanes sobre su retaguardia.

Las instrucciones concordaban con el plan de operaciones del general Gamelin. Pero el presidente Reynaud nombró al general Weygand, comandante en jefe: un héroe de la Primera Guerra Mundial con el que se esperaba insuflar optimismo al país.

Aunque de magnífico aspecto, Weygand era un carcamal de setenta años, anclado en los recuerdos de la Gran Guerra y sin noción de la importancia que tenía ahora el factor tiempo.

Cuando, en la tarde del día 19 relevó a Gamelin, ordenó suspender su plan de campaña hasta que pudiera hacerse cargo de la situación. Tres días después, cuando ya le desbordaban los acontecimientos, intentó poner en marcha su propia maniobra, muy semejante a la de Gamelin.

Mientras Weygand planeaba grandes operaciones en situaciones imaginarias, los ingleses preparaban la retirada, tras comprobar en Arrás la imposibilidad de un contraataque. El día 26, el Gobierno autorizó la operación y el 27 la evacuación a través del mar.

El Ejército belga resistía. Estaba en situación desesperada y con la mayor parte del país en manos de alemanes. Entonces el rey Leopoldo decidió rendirse, no aceptar

la huida a Londres en avión y soportar la misma situación en que pudiera caer su pueblo.

La rendición belga aumentó el peligro de que las tropas inglesas no pudieran hacerse a la mar La semana anterior, Churchill había aprobado un plan de movilización para embarcaciones —con la previsión de emplearlas en la costa francesa— y el Almirantazgo lo aprovechó para la retirada.

Operación Dinamo

En la tarde del 26, todos los buques mercantes mayores de mil toneladas, situados entre Harwich y Weymouth, quedaron a las órdenes del almirante Ramsey, comandante naval de Dover.

En principio se creía que un máximo de 45.000 soldados podrían salvarse y, en la noche del 28, sólo 25.000 estaban preparados para embarcar.

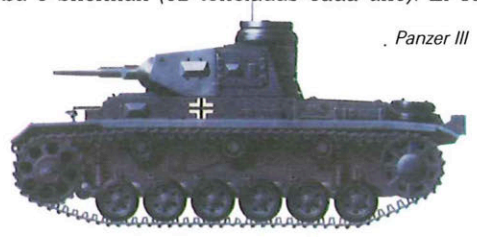
La oscuridad ocultaba un completo desorden: los soldados habían perdido su armamento y equipo pesado, los oficiales estaban separados de sus unidades.

A la tarde siguiente, la Luftwaffe bombardeó las instalaciones portuarias, las playas y toda clase de buques. En los tres días siguientes aumentó la intensidad del bombardeo contra las tropas que esperaban en

LOS TANQUES EN LA BATALLA DE FRANCIA

Gracias a una muy superior concepción de la guerra de carros, Alemania dominó en este terreno desde el principio hasta el final, compensando frecuentes desventajas cualitativas y, casi siempre, en inferioridad numérica. Con todo, Berlín dispuso en muchos momentos de mejores carros que sus enemigos, sobre todo en el oeste.

Un claro ejemplo de esto último son los Tigre *o los* Panther, *que entraron en acción a finales de 1942 y comienzos del 43, respectivamente. Los norteamericanos calculaban que destruir un* Panther *(45 toneladas) costaba 5* Sherman *(32 toneladas cada uno). El 13 de julio de 1944 un solitario* Tiger *destruyó 20 tanques, cuatro cazacarros y 29 blindados ligeros británicos al sur de Bayeux.*



Panzer III

Cuando comenzó la guerra, el material alemán no sólo era mejor, sino que fue mil veces mejor empleado. Estos eran los efectivos: Alemania, 2.400 blindados (1); Francia, 3.900 (2), y Gran Bretaña, 1.300 (3).

Mientras los carros alemanes respondieron perfectamente a las misiones para las que fueron construidos, los franceses sufrieron amargas decepciones. Su carro Re. B-1 *era el más pesado del momento, el mejor artillado (dos cañones) y uno de los mejor protegidos. Sin embargo, su poderoso cañón de 75 mm. era casi fijo, de modo que había que mover todo el carro para apuntarlo; el pequeño, de 47 mm., era similar al de sus rivales, pero estaba emplazado en una torreta muy pequeña, ocupada por el jefe de carro.*



Re. B-1, fracaso francés

El británico Matilda, *por el contrario, dio un buen susto a los alemanes. Su armamento era ligeramente inferior al germano, pero resultaba muy superior su blindaje, de modo que repelía los proyectiles habituales de 40 y 50 mm. Constituyó una grave preocupación para las fuerzas acorazadas del Eje hasta la entrada en acción de sus anticarros Pak 38, de 50 mm., y hasta que la mayor parte de los carros germanos tuvieron cañones de más de 50 mm., cosa que sería general en 1941.*

(1) De esta cifra, 1.500 ejemplares eran vehículos de exploración *Pz I* y *Pz II*, el primero con seis toneladas de peso y dos ametralladoras, el segundo con similar peso y un cañoncito de 20 mm. Novecientos carros eran *Pz III Mk. 35* y *Mk 38* (estos dos últimos de fabricación checa). Sólo unas docenas eran *Pz IV*, blindado básico en las unidades acorazadas alemanas y el más construido por Berlín, con unas 8.000 unidades, hasta 1945.

(2) Unos 600 de ellos sólo figuraban en auténticos museos de guerra, pues se trataba de *Re. FT. 17*, de la Primera Guerra Mundial. Más de un millar eran vehículos de exploración.

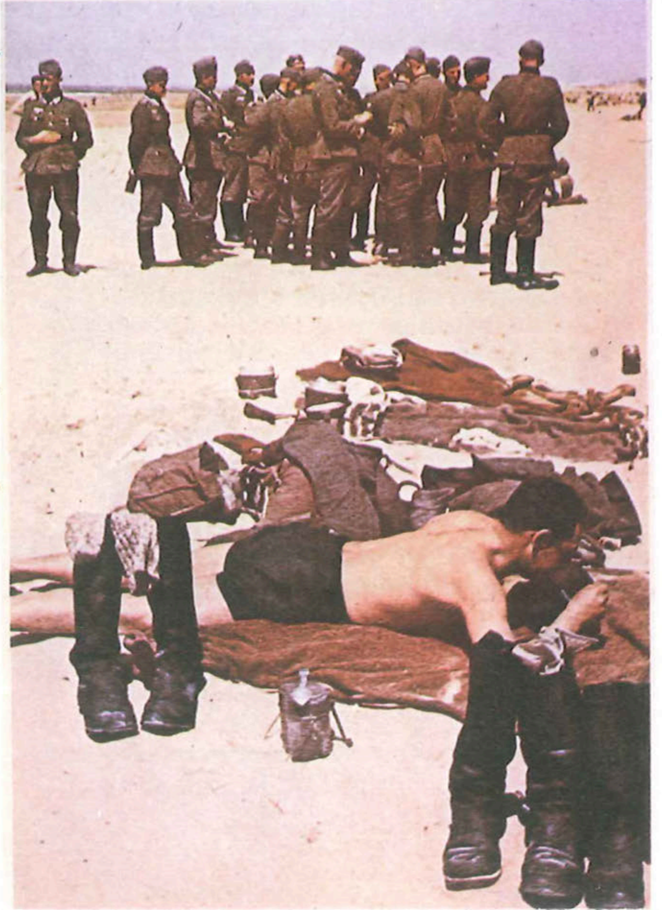
(3) Un millar de ellos eran carros ligeros y de reconocimiento. Unos doscientos eran *Mark III Valentine* (16 toneladas) y apenas un centenar eran del modelo *Mark II Matilda* (27 toneladas). En Francia había, al comienzo de las hostilidades, 285 carros británicos, de los cuales sólo 114 eran de los modelos *Mark III* y *II*.



General Charles de Gaulle



Proclama del general De Gaulle animando a la resistencia contra los alemanes



Soldados alemanes descansando en las playas de Normandía



Mariscal Pétain

las playas. Por suerte, las bombas se hundían en la arena levantando una nube de polvo que entraba en los ojos, la boca y las orejas de los soldados. Poco más.

Cerca de Dunkerque, en Bergues, quedó la mayor parte de la impedimenta inglesa y, durante cinco días, los soldados, agotados y desabastecidos, aguantaron un bombardeo que arrasó la misma ciudad.

En el mar, el ataque era peor; aunque la RAF acudía desde el sur de Inglaterra, los buques de guerra, mercantes y embarcaciones pequeñas se hundían.

Había buen tiempo y pocas barcazas. Sin ellas no podían los hombres llegar desde la playa a los barcos. Todo hombre con experiencia en el mar y cualquier cosa que navegara fueron llamados a ayudar. Pescadores, salvavidas, yates de recreo, cascarones sin apariencia enfilaron proa a Dunkerque, a salvar cada cual lo posible.

Entretanto, tropas del *I Ejército* francés aguantaron a los alemanes durante tres días, para que pudieran retirarse los ingleses. La caballería del general Lacrox contuvo el ataque de Guderian, Reinhardt y Hoeppner. Antiguos combatientes republicanos españoles resistieron en Arrás. Las tropas del general Jaussen perecieron en gran número en Bray-Dunes.

La retaguardia británica embarcó en la noche del 2 de junio. Habían sido evacuados 338.000 hombres en nueve días, de ellos 120.000 franceses, perdiéndose todo el equipo y material pesado. La Marina británica empleó 987 buques de todo tipo y la RAF, en cuatro días de combate, derribó 179 aviones y perdió 29. Los alemanes no persiguieron a los aliados hasta Dunkerque por orden de Hitler, sino que se dirigieron al sur para atacar a los franceses.

Desde un punto de vista militar, era injustificable que se hubiera permitido la retirada británica, por lo que los generales más allegados a Hitler creyeron que éste escondía algún motivo político.

La batalla de Francia

A principios de junio de 1940, tras el embarque de Dunkerque, todavía contaba Francia con 70 divisiones propias, 5 británicas y 2 polacas. Al norte de París se estableció un segundo frente, que aprovechaba los cursos del Somme, el Aisne y algunos canales, hasta llegar al extremo de la *línea Maginot*.

Aunque el Alto Mando pretendía resistir, faltaban medios blindados y artillería y sobraban reveses recientes. Los generales Buhrer y Prételat postulaban cambiar de táctica: los soldados encerrados en la *línea Maginot* ya no defendían nada; era preciso sacarlos de sus madrigueras de hormigón para atacar.

El coronel De Gaulle pedía reunir los 1.200 carros con que todavía contaba Francia y, con algunas divisiones de infantería, contraatacar a los alemanes que actuaban como en un paseo militar.

Nadie les hizo caso y se ordenó continuar a la defensiva. Hitler tenía las manos libres para decidir. Y pensó en París.

El 5 de junio comenzó la nueva ofensiva. Tras dos días de defensa tenaz, el frente se hundió. Entre la confusión y las columnas en retirada, los alemanes cruzaron el Sena el día 9.

Después, los blindados penetraron a una velocidad como jamás había ocurrido en la historia de la guerra. La división de Rommel llegó a cubrir 240 kilómetros en un día. La gente se desvelaba cuando los tanques atravesaban los pueblos y los vitoreaba creyéndolos ingleses.

Las 10 divisiones *panzer* se habían recuperado del desgaste de la campaña y repuesto con nuevo material los tanques destruidos, mientras que las 130 divisiones de infantería habían sufrido poco. Los alemanes estaban en disposición de ocupar rápidamente todo el país y el 10 de junio Mussolini declaró también la guerra a Francia e Inglaterra.

Era un gesto oportunista para engancharse al carro vencedor, aunque el poderío naval anglo-francés resultaba inquietante para Italia. La clara victoria le permitía, sin embargo, albergar esperanzas sobre un futuro reparto de los imperios africanos.

La resistencia francesa se concretó en posiciones *erizo* capaces de defenderse en todas direcciones. Pero cuando los soldados se introducían en ellos, las columnas blindadas no caían en el error de atacarlos, sino que pasaban por los intervalos a toda velocidad, para profundizar y hacer inútil la resistencia.

Las viejas estampas de la guerra defensiva seguían oscureciendo el cerebro del Estado Mayor francés. Pero había llovido mucho desde 1917 y ahora las columnas acorazadas desbordaban y sobrepasaban las posiciones para que, más tarde, la infantería a pie las *limpiara*.



Delegación francesa que firmó el armisticio con Alemania, 22 de junio de 1940

Mezclado en la barahunda de refugiados, el Gobierno huyó primero a Tours y luego a Burdeos. Los alemanes entraron en París el 14 de junio, con el quebranto que suponía para la moral francesa.

El primer ministro Reynaud presentó la dimisión, entre un aluvión de propuestas de Churchill, que indicaba a los franceses la conveniencia de trasladar 500.000 soldados y el Gobierno a Africa para continuar la lucha, iniciar una guerra de guerrillas o unirse políticamente a Inglaterra.

El hecho era que Francia había sido invadida en sólo seis semanas sin que su Ejército fuese derrotado por la superioridad material, sino por el ritmo que los alemanes impusieron a las operaciones, que impidió cualquier reacción en contra suya.

Cuando Reynaud dimitió, el presidente Lebrun encargó formar Gobierno al mariscal Pétain, un bigotudo conservador de ochenta y cuatro años, que fue proclamado salvador de Francia en la Primera Guerra Mundial. Hasta el mes de mayo había sido embajador ante el general Franco, y se le llamó en mayo a París para ser viceministro, cuando Weygand fue designado comandante en jefe.

Su nombramiento era el triunfo de la línea entreguista: Reynaud y la mayoría de su Gabinete querían resistir. Pero el presidente prefirió dar la razón a Pétain y le encargó negociar el armisticio.

Este era también un propósito largamente defendido por Weygand. Temía que, de prolongarse la guerra, se produjese una revolución social. Y frente a ésta prefería a los alemanes, al fin y al cabo, defensores de un orden.

A primera hora del 17 de junio Pétain transmitió a Hitler una propuesta de armisticio. El día 22, en el mismo vagón de ferrocarril en que se había firmado la derrota alemana de 1918, se formalizó el pacto.

La República francesa era respetada parcialmente en el tratado; 40 de sus departamentos, la flota y el Imperio no pasaban a manos alemanas, y se permitía la existencia de 100.000 soldados en Francia y 180.000 en las colonias.

Tras la humillante solución, se habían agrupado irónicamente la esencia del conservadurismo y del nacionalismo antidemocrático. En agosto de 1940 decía Pétain: *Llegará a ser Francia una vez más una nación eminentemente agrícola.* Y Maurras escribía en 1942: *Nuestra peor derrota tuvo el afortunado resultado de desembarazarnos de la democracia*

Franceses contra franceses

Hitler concedió una *zona no ocupada* para evitar la instalación del Gobierno francés en Argelia, pero las condiciones de capitulación tenían cláusulas infamantes: los refugiados políticos debían entregarse a los alemanes, se consideraba *francotirador* al francés que combatiera a Alemania bajo otra

bandera y los prisioneros de guerra permanecían con ellos hasta el tratado de paz, que no se firmó jamás.

En la Francia *no ocupada* se constituyó un remedo de país libre; a su frente quedaron quienes habían tenido la obligación de defender, con las armas, la soberanía nacional.

Pétain pasó a ser jefe del Estado y Weygand ministro de Defensa. Pétain no aceptó, sin embargo, la entrada en la guerra como país aliado de Hitler y quedó sólo como un colaborador.

El simulacro de *État Français*, que instaló su capital en el balneario de Vichy, tuvo pronto un rebelde: el general De Gaulle rompió con sus viejos superiores y marchó al exilio, mientras un consejo de guerra le juzgaba en rebeldía.

Vichy era un Gobierno reconocido legalmente y De Gaulle no pudo atraerse inicialmente a casi nadie. Intentó, sin éxito, captarse a los mandos coloniales, y que los miles de soldados y marinos refugiados en Inglaterra creyeran que la guerra podía y debía continuar. Sólo logró vacilaciones y ninguna facilidad británica.

El 18 de junio, De Gaulle apareció ante 200 personas en el *Olimpia*, para anunciar su decidido propósito de luchar hasta la liberación. El 14 de julio, aniversario de la toma de La Bastilla, revistó un pequeño contingente de *franceses libres*, puso flores en el monumento de Foch y adoptó la Cruz de Lorena como símbolo del movimiento.

El 7 de agosto, el Gobierno inglés reconoció la autoridad de De Gaulle y firmó un tratado con él. La *Francia libre* dispuso de 7.000 franceses, equipados por Inglaterra y un crédito para su sostenimiento.

Con dificultades y, a veces, con reticencias inglesas, los *franceses libres* aumentaron su número con los refugiados y huídos. De Gaulle organizó un embrión de Gobierno y de representaciones diplomáticas. Pero Inglaterra no pensaba entonces en la reconquista de Francia: le angustiaba su propia supervivencia.

León Marino

Nueve siglos antes, Inglaterra había sufrido su última invasión y, ante la marea alemana, se preparó para resistir. Quizá el mejor ejemplo del espíritu de aquellos días lo expresaba la oratoria de Churchill, primer ministro desde mayo: *Lucharemos en las playas, lucharemos en los lugares de aterrizaje, lucharemos en los campos y las calles, lucharemos en las montañas. Jamás nos rendiremos.*

El categórico rechazo a cualquier trato con Hitler y a cualquier claudicación coincidió con un deseo de continuar la lucha, apelando a los recursos de las colonias. Sin saberlo, los alemanes que habían iniciado una guerra europea, se vieron en un conflicto mundial para el que no estaban preparados.

Hitler y los generales habían planeado una conflagración continental, en el teatro de la expansión alemana del siglo XIX y Primera Guerra Mundial. La actitud inglesa desbordó ese marco y los alemanes se vieron enfrentados al reto de dominar el mundo.

Ese era, para ellos, un objetivo imposible. Para los ingleses, un pacto habría supuesto la devolución a Alemania de las colonias perdidas en 1918 y su entrada en el universo colonial que la política imperial no estaba dispuesta a consentir.

Pero a corto plazo, la guerra parecía ser sólo europea y los ingleses estaban convencidos de que la invasión se intentaría por vía marítima, que era la más fácil.

La flota alemana había salido quebrantada de la campaña escandinava y el Almirantazgo no temía ese reto. Había un buen programa de construcciones aéreas en marcha, y aunque la Aviación era todavía deficitaria, unida a la Marina se mostraba capaz de detener cualquier aventura naval enemiga. Y como los efectivos terrestres eran los trescientos y pico mil soldados evacuados de Francia, con sólo 500 cañones y 200 carros, se complementaron con la *Home Guard*, una reunión heterogénea de ciudadanos, armados y encuadrados a toda prisa, pero con seriedad.

Las fuerzas navales organizaron una *Striking Force* de 36 destructores para oponerse a la primera fuerza de invasión, y la *Auxiliary Patrol* para vigilar directamente las costas, porque la *Home Fleet*, la verdadera fuerza de batalla, necesitaba veinticuatro horas para entrar en acción.

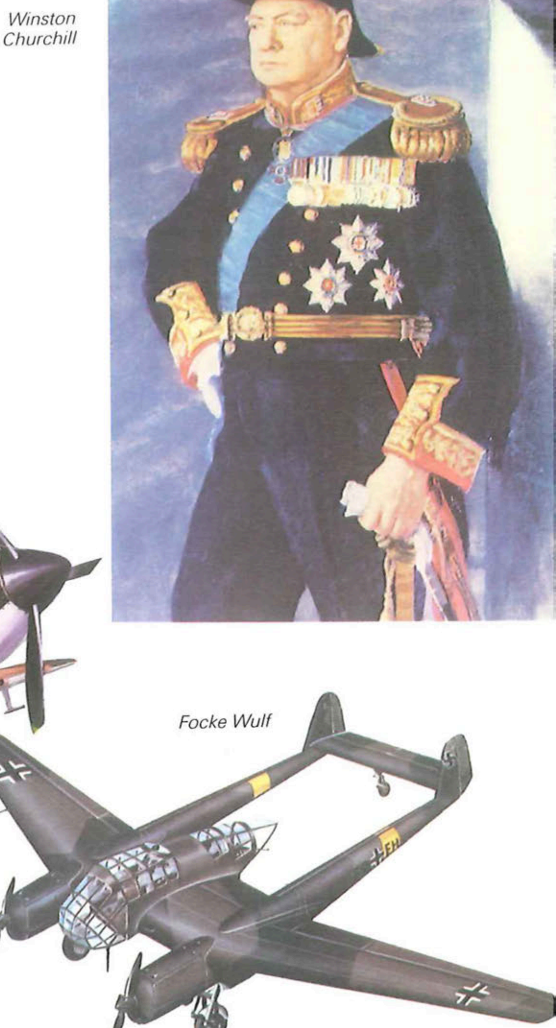
El peligro no era tan inmediato como parecía. Los alemanes carecían de planes de desembarco y Hitler esperaba que la derrota continental conduciría a los ingleses a pactar.

Hasta el 2 de julio de 1940 no ordenó

iniciar el estudio de un plan de invasión que se llamó *Operación León Marino*. Su preparación fue tan ligera que, el 15 del mismo mes, Hitler dispuso que todo estuviera listo para mediados de agosto.

El plan preveía dos oleadas sucesivas sobre cuatro playas entre Folkestone y Selsey, con 3.500 embarcaciones de todo tipo que era imposible reunir en tan poco tiempo. Es difícil creer que el meticuloso mando militar alemán creyera seriamente en una operación así improvisada, que más bien parecía un gigantesco gesto teatral de Hitler para atemorizar a los ingleses y obligarles a pactar.

Los almirantes alemanes hicieron ver la imposibilidad de cruzar el Canal sin tener superioridad aérea y *León Marino* se retra-



Winston Churchill

Spitfire Mk. I

Focke Wulf

El servicio nacional te necesita
(cartel británico)

Sala de operaciones del cuartel de la defensa antiaérea británica





só. Cuando, a mediados de septiembre, se comprobó que el cielo estaba dominado por los ingleses, se pospuso nuevamente.

Hitler decidió entonces que lo primordial era invadir Rusia y sólo se lucharía contra Inglaterra mediante submarinos y aviones para destruir su moral y su economía. Al pensamiento estratégico prusiano le era más familiar una campaña continental contra Rusia que la complicada invasión marítima ajena a sus tradiciones. De modo que el objetivo principal pasó a ser el futuro frente del Este.

La fecha de *León Marino* estaba marcada para el 3 de septiembre. Se dilató hasta el 29 y, por fin, fue *aplazada indefinidamente*. El *León Marino* se ahogó sin tocar el mar.

Preliminares navales

El 17 de agosto de 1940 Hitler declaró el bloqueo total a Inglaterra, como un recuerdo de la estrategia que ya había fallado en la Primera Guerra Mundial. A principios de septiembre se hundieron buques de todas las marinas beligerantes, mientras Hitler pensaba en un bloqueo con tres procedimientos: la acción submarina, las incursiones de la flota de superficie y el bombardeo con aviones que se adentraran en el mar.

El hundimiento, sin previo aviso del paquebote *Athenia* con 1.400 pasajeros a bordo hizo recordar el asunto del *Lusitania* en la guerra anterior. El submarino alemán U-30 lo había torpedeado y 28 pasajeros norteamericanos encontraron la muerte.

Ante la protesta diplomática, la Marina alemana negó el hecho. La propaganda de Göbbels llegó a decir que el Almirantazgo inglés había hundido el *Athenia* para acusar al Reich.

En estas primeras escaramuzas los alemanes lograron una baza que habían intentado en vano durante la Primera Guerra Mundial. Scapa Flow era una de las principales bases de la flota inglesa. Situada en las Orcadas, estaba defendida por un completo sistema de minas y redes metálicas.

Un espía, instalado años atrás en la zona, había descubierto un punto débil en la defensa, cuando una red antisubmarina fue levantada para reparaciones. Guiado por sus noticias, el *U-47*, mandado por el *oberleutenant* Prien, penetró en la rada y torpedeó al acorazado *Royal Oak*, el crucero *Repulse* los hundió y abandonó la base entre el desconcierto de las defensas.

En el aparato propagandístico del Reich había lugar para la nostalgia. Durante la Primera Guerra Mundial, buques corsarios alemanes atacaron las comunicaciones imperiales inglesas y se intentó recordarlos.

Cuando la guerra estalló, el *acorazado de bolsillo Admiral Graf Spee* navegaba, con guardiamarinas a bordo, en un viaje de prácticas. Situado en el Atlántico sur, inició una campaña devastadora para el comercio británico que, en dos meses hundió 9 buques y casi 50.000 toneladas.

A principios de diciembre necesitó aproximarse a la costa uruguaya en busca de petróleo y suministros, porque sus buques auxiliares estaban controlados por los ingleses. El día 13 tomó contacto con tres cruceros enemigos, *Exeter, Achilles* y *Ajax*, y trabó combate.

Obligado a refugiarse en Montevideo, con poco combustible y dañado por dos impactos del *Exeter*, el comandante alemán pidió quince días de asilo para reparar. Por presiones inglesas sólo consiguió uno y prefirió volar el buque, tras salvar a la tripulación, antes que ser capturado.

Más tiempo pudo operar el *Atlantis*, un buque mercante, dotado de cañones, torpedos, minas y hasta un pequeño hidroavión. Había sido preparado expresamente para actuar como corsario, al mando de un marino de guerra y con todos los medios precisos para hacerse pasar por otros barcos.

Desde su base de Noruega iniciaba viajes programados para unos veinte meses, cortando la ruta del cabo de Buena Esperanza. El abastecimiento se hacía mediante submarinos en alta mar, y el *Atlantis* navegó y cobró 22 presas hasta ser interceptado por los ingleses en septiembre de 1941.

La lucha por las comunicaciones marítimas inglesas vino determinada por el estado inicial de ambas flotas. Cuando la guerra estalló, Alemania contaba con 50 submarinos costeros y 65 oceánicos e Inglaterra con 38 submarinos y 66 buques de escolta.

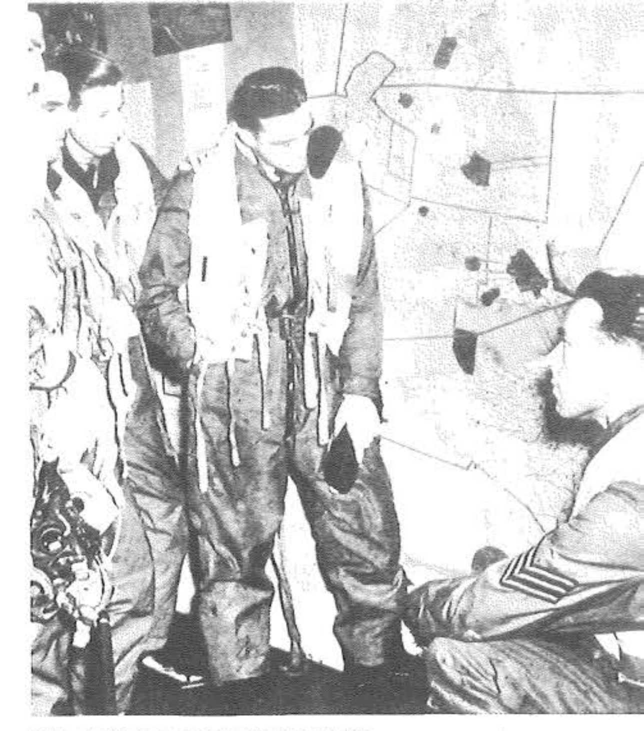
Mientras en la Primera Guerra Mundial, la construcción submarina alemana fue lenta, desde 1939 se aceleró. Los ingleses, por su parte, planificaron concienzudamente la defensa.

A principios de 1940 se estableció que los buques autónomos y rápidos se desviaran al norte para evitar a los aviones alemanes. Los convoyes se aproximaron a la costa por un canal delimitado y controlado por la Aviación británica. Además se instalaron armas antiaéreas a bordo de los mercantes.

La flota alemana de superficie carecía de potencia para intentar un dominio efectivo y la verdadera *batalla del Atlántico* no se inició hasta que, en marzo de 1941, la construcción naval alemana botó gran número de nuevos submarinos que compensaron las pérdidas sufridas hasta entonces.

El duelo naval se concretó entre británicos e italianos. Estos contaban con una gran flota compuesta por 8 acorazados, 26 cruceros ligeros, 61 destructores, 120 submarinos y muchas embarcaciones menores. Pero ni su voluntad ni sus medios técnicos podían compararse a los ingleses.

Las batallas de Punto Stilo (julio) y Cabo Taulada (noviembre) demostraron, antes de finalizar 1940, que Italia no contaba como potencia naval. En lo sucesivo, sus buques se dedicaron a tareas menores como mantener precariamente las rutas de Sicilia a Libia, y a atacar, con poco éxito, los convoyes de Gibraltar.



Pilotos británicos preparando una misión

La batalla de Inglaterra

El verano de 1940 estrenó una denodada lucha en el aire. Su origen no fue un plan previsto, sino la necesidad de preparar la operación *León Marino*.

El Mando alemán pensaba que el dominio del aire era una condición precisa para cualquier operación naval, sobre todo desde que la campaña noruega había demostrado la vulnerabilidad aérea de los grandes barcos. En principio, la Luftwaffe parecía muy superior a la RAF, y el mando alemán actuó confiado.

Su intención era escalonar sus objetivos. Primero se aplastaría la aviación inglesa; después se atacarían los puertos y todo el sistema de aprovisionamiento, hasta dejar inerme la isla. De acuerdo con los resultados, al cabo de una o dos semanas, se decidiría si *León Marino* era posible.

El 28 de mayo se enfrentaron sobre Inglaterra los primeros *Dornier 17* y *Spitfire*, y, desde entonces, la guerra en el aire fue un cotidiano espectáculo.

Los alemanes dispusieron tres flotas aéreas contra la isla. La *II Luftflotten* (Kesselrig) tenía su cuartel general en Bruselas y la *III Luftflotten* (Sperrle) en París. Ambas eran fuerzas completas e independientes, pensadas para apoyar grandes unidades de tierra. Pero no se articuló un plan conjunto para que sus efectivos —que se aproximaban a los 2.000 aparatos— actuaran sobre Inglaterra.

Con base en Noruega y Dinamarca, se situó la *V Luftflotten* (Stumff), mucho más pequeña. Actuó sólo el día 15 de agosto, con tantas bajas que no volvió a emplearse en un objetivo tan lejano. Pero su presencia amenazante hizo entretener parte de los efectivos ingleses en el nordeste.

La batalla se encarnizó a principios de agosto, con la intención alemana de destruir a la RAF en el aire. Casi un millar de cazas, en su mayoría *Messerschmitt 109* de un solo motor y con una tercera parte de *Messerschmitt 110* bimotores, se enfrentaron a los 900 *Hurricane, Spitfire* y 1.700 cañones antiaéreos.

Los aviones ingleses eran más lentos que los alemanes y ascendían más despacio; en cambio, giraban y maniobraban con más facilidad.

Los alemanes tropezaban con un radio de acción escaso para su objetivo. Una vez adentrados en Inglaterra, los *Me-109* tenían poco tiempo para combatir, y los *Me-110*, que habían sido pensados para vertebrar la caza, fracasaron técnicamente y quedaron en un mal segundo término. Ni los *Me-109* ni los *110* llevaban una radio bastante potente para ser informados, dirigidos o apoyados en el combate por los servicios de tierra.

En general, el armamento británico era inferior. Sus aviones estaban dotados de ametralladoras, mientras los alemanes ha-

bían probado los cañones de 20 milímetros en la guerra civil española y los incorporaron a bordo.

Con la derrota en Francia, Inglaterra perdió unos 400 cazas que fueron una grave carencia. Pero se realizó un considerable esfuerzo industrial de modo que, en 1940, Inglaterra era capaz de fabricar 9.924 aparatos y Alemania 8.070.

La verdadera escasez inglesa no fue de aviones, sino de pilotos de caza. Su entrenamiento y formación eran lentos, concienzudos y cada baja tardaba en cubrirse.

Las escuelas alemanas trabajaban en mayor ritmo y, en un principio, los pilotos superaban a las necesidades. Las grandes pérdidas alemanas en bombarderos obligaron a transferir muchos pilotos de caza y el desgaste de los aviadores fue mayor, porque Göring se opuso frecuentemente a que contaran con descansos regulares y su fatiga se agravaba por la práctica de dos, tres y hasta cinco salidas diarias.

El gran éxito británico fue su servicio de alarma y control. El mariscal Dowding contaba con un sistema centralizado de alerta y varios controles tácticos descentralizados. Así, cualquier incursión sobre territorio era conocida y *encargada* al mando local más adecuado. Veinte estaciones de radar costero detectaban a los alemanes mucho antes de llegar a la isla.

Sorprendido por el invento, el Alto Mando de Hitler no se decidió a bombardear los radares hasta que perdió gran número de aparatos. Y no es que los ingleses guardaran el secreto. Antes de la guerra, los espías alemanes habían podido fijarse en la estación experimental de Bawdsey y, en mayo de 1940, un radar móvil inglés fue capturado en la playa de Boulogne. Pero ningún jefe alemán hizo caso, ni siquiera al comprobar que los cazas ingleses actuaban con grandes márgenes de aviso. Ese menosprecio dio a la RAF una ventaja fundamental.

El día del águila

El 13 de agosto fue llamado por los alemanes *Adlertag (El día del águila)*. Por los informes recibidos hasta entonces, el mariscal Göring, jefe superior de la Luftwaffe, estaba convencido de que una ofensiva en gran escala podía acabar con la RAF.

El día se levantó con mal tiempo para volar, aunque los alemanes no se arredraron. Su bombardeo afectó seriamente algunas estaciones de radar y aeródromos avanzados.

Nadie pensó atacar las salas de operaciones, servidas por la WAAF (Fuerza Aérea Auxiliar Femenina) y que no tenían protección de ningún tipo. Su destrucción habría colapsado el sistema de alerta y control.

La niebla inglesa obligó a retrasar el ataque masivo hasta la tarde y, aun así, las casi mil quinientas salidas que hizo la Luftwaffe, no produjeron un resultado en consecuencia. La batalla se prolongó hasta el día 19, en que el mal tiempo obligó a una tregua.

El objetivo principal se cifraba en las instalaciones y aviones de la RAF. Pero los bombarderos que debían destruir los aeródromos eran aparatos débilmente armados que precisaban protección de los cazas.

La defensa antiaérea inglesa combinó ristras de globos alargados como salchichas, ligados por cables de acero, y numerosos cañones antiaéreos. Los grupos de bombarderos tropezaron con pasos difíciles y fueron acosados por los cazas ingleses. Y mientras los *Me-110* se revelaron como malos cazas de apoyo para los bombarderos, los ingleses tuvieron la ventaja de alcanzar la formación enemiga con poco tiempo de vuelo y sacar más rendimiento al material.

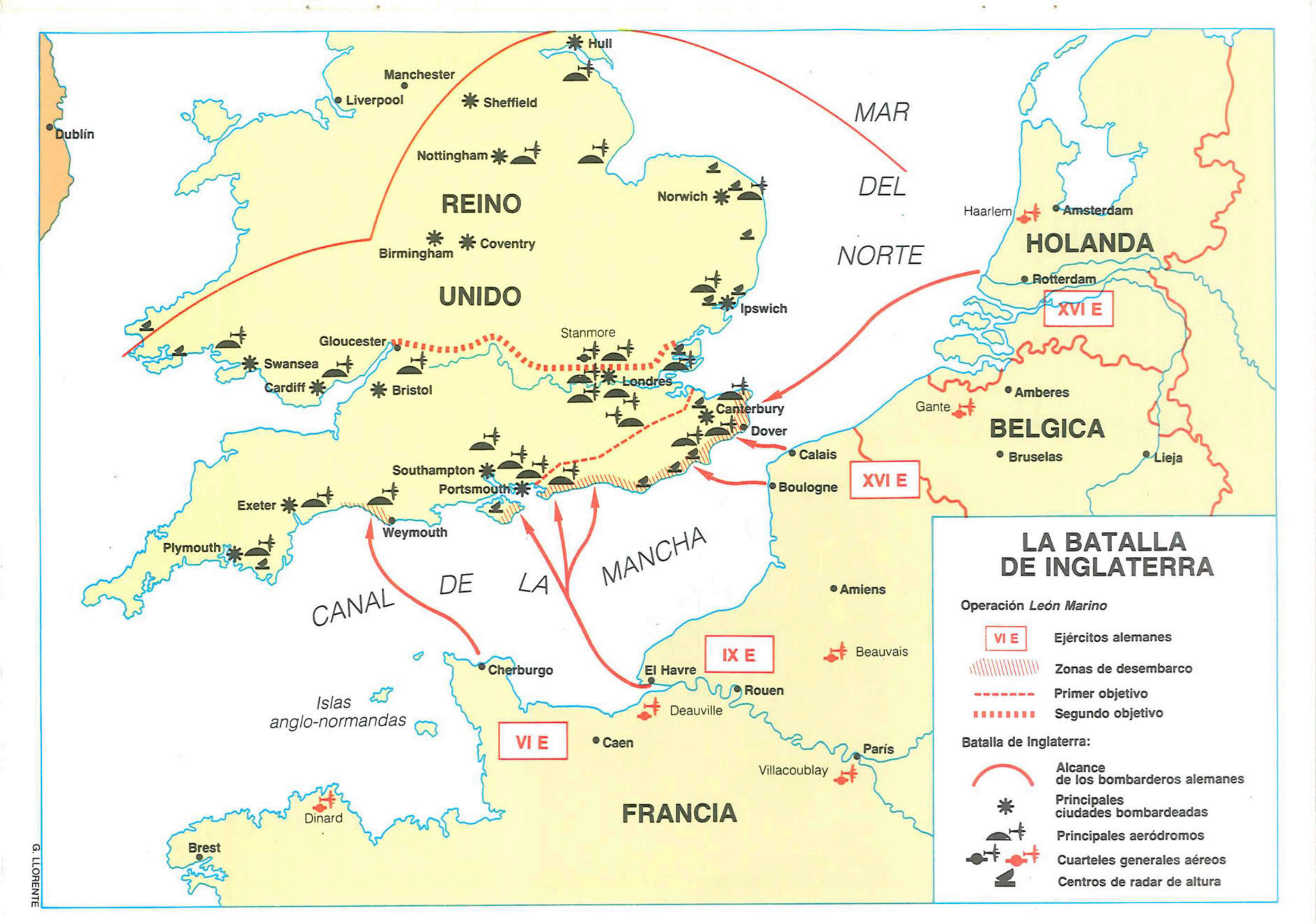
Sobre la población civil

En el sur de Inglaterra, el ataque acusó daños muy serios, pero la falta de coordinación entre las *Luftflotten* dio ventaja a los ingleses, cuyos cazas actuaban sólo donde se les necesitaba.

La dependencia de los cazas propios era tanta para los alemanes que, en lo más duro de la batalla, dejaron a la mitad de sus bombarderos en tierra por falta de protección. Aquellos días el esfuerzo de los pilotos ingleses inspiró una célebre frase de Churchill: *Nunca en el campo de los conflictos humanos tantos debieron tanto a tan pocos.*

A finales de septiembre los alemanes reanudaron los ataques. Mejor orientados, habían aprendido a luchar contra el radar y llegaron más fácilmente al objetivo. Los aeródromos avanzados sufrieron daños muy serios y las instalaciones de la RAF, cercanas a Londres, se bombardearon a conciencia.

La batalla tomó un nuevo sesgo. El man-


LA BATALLA
DE INGLATERRA
Operación León Marino
VI E
Ejércitos alemanes
Zonas de desembarco
Primer objetivo
Segundo objetivo
Batalla de Inglaterra:
Alcance
de los bombarderos alemanes
Principales
ciudades bombardeadas
Principales aeródromos
Cuarteles generales aéreos
Centros de radar de altura
MAR
DEL
NORTE
CANAL
DE
LA
MANCHA
REINO
UNIDO
HOLANDA
BELGICA
FRANCIA
Dublín
Liverpool
Manchester
Sheffield
Hull
Nottingham
Birmingham
Coventry
Norwich
Ipswich
Gloucester
Swansea
Cardiff
Bristol
Stanmore
Londres
Canterbury
Dover
Southampton
Portsmouth
Exeter
Weymouth
Plymouth
Haarlem
Amsterdam
Rotterdam
XVI E
Amberes
Gante
Bruselas
Lieja
Calais
Boulogne
XVI E
Amiens
Beauvais
IX E
El Havre
Rouen
Deauville
Caen
París
Villacoublay
Cherburgo
VI E
Islas
anglo-normandas
Dinard
Brest
G. LLORENTE

do alemán enviaba cazas durante el día y bombarderos durante la noche.

En la del 24 de agosto llegó lo inevitable. Un grupo de aviones alemanes se extravió y, en lugar de bombardear instalaciones militares, lanzó su carga sobre el centro de Londres.

Nadie creyó en un error. En la noche siguiente, 80 bombarderos británicos atacaron Berlín. Comenzaba la acción de represalias aéreas sobre la población civil.

Durante el mes de agosto, los alemanes emplearon mejor sus cazas. Los aproximaron a la costa, para llegar antes, y la RAF sufrió un serio quebranto: 338 cazas derribados, frente a 177 bajas alemanas. De hecho, la cuarta parte de las tripulaciones británicas se habían perdido y la RAF estaba al borde del colapso.



Londinenses durmiendo en el metro durante los bombardeos alemanes de 1940

Un cambio de táctica alemana la salvó. Desde septiembre, la Luftwaffe decidió rematar la operación. Además de los aviones e instalaciones de la RAF, atacó las fábricas de aviones. Así, las tripulaciones inglesas estuvieron menos acosadas.

La batalla de desgaste comenzó a inclinarse contra los alemanes. Al cabo de dos meses, la Luftwaffe había perdido 800 aparatos y difícilmente podría sostener su increíble ritmo de salidas diarias. Entonces optó por el bombardeo sistemático de las ciudades.

A raíz de la Primera Guerra Mundial, un aviador militar italiano puso las bases para la nueva estrategia. Giulio Douhet escribió, en 1921, *Il dominio dell'aria* y se ganó las maldiciones de sus propios mandos.

Según él, la aviación futura sería un arma independiente, no un mero auxiliar del Ejército; el pavor desatado por sus lejanos ataques sobre la retaguardia rival quebrantaría la moral enemiga y resolvería las guerras.

Aunque perseguido por los generales, Douhet consiguió discípulos en el extranjero y fue rehabilitado en su propia patria en 1928. De algún modo, esa fe en la capacidad de la aviación para quebrar la resistencia de un pueblo penetró en los mandos alemanes desde el mes de septiembre.

El día 7 se puso en marcha la nueva táctica. Los bombarderos alemanes atacaron Londres en masa, de día y protegidos por los cazas. Murieron 300 civiles y 1.300 fueron heridos.

Alumbrado por las llamas de los incendios diurnos, se desarrolló otro ataque devastador durante toda la noche. Cuando, días después, se repitió el bombardeo de Londres a plena luz, los cazas estaban advertidos y sólo muy pocos bombarderos llegaron al objetivo.

Un infierno de forcejeos, interrumpidos por las treguas del mal tiempo, desangró Londres durante todo el mes. El día 30 se llevó a cabo el último, y ya casi inútil, bombardeo nocturno. Los cazas ingleses habían contenido la amenaza.

Los alemanes adoptaron otros métodos: el bombardeo nocturno y el ataque con cazabombarderos. La tercera parte de los *Messerschmitts* fueron equipados con bombas, con pocos resultados, porque los pilotos, sin costumbre de bombardear, las dejaban caer un poco en todos lados.

Desde noviembre, la aviación alemana se concentró en el bombardeo nocturno de ciudades, industrias y puertos. El día 14 se estrenó con el ataque a Coventry, que fue arrasado. En noches siguientes Birmingham, Southampton, Bristol, Plymouth, Liverpool y Londres recibieron castigos durísimos.

Hitler ordenó que los bombardeos nocturnos mantuvieran la intensidad, mientras se preparaba la invasión de Rusia, a fin de mantener neutralizados a los ingleses.

A finales de mayo de 1941 terminó la época de ataques masivos y la escuadra aérea de Kesselring fue trasladada al Este para la inmediata invasión de la URSS. La batalla de Inglaterra había perdido prioridad.

Bibliografía

En este Cuaderno se incluye la bibliografía referida a todo el período de la Segunda Guerra Mundial, dividida por sectores para hacer más fácil su utilización. Se han incluido exclusivamente títulos publicados en castellano, con el fin de hacer más accesible al público su lectura, dado que además la práctica totalidad de las obras básicas elaboradas acerca de esta cuestión han sido traducidas en nuestro país.

GENERAL

Aguirre, J. F., *La Segunda Guerra Mundial,* Barcelona, Argos, 1974. Arnoid-Foster, M., *El mundo en guerra,* Barcelona, Plaza Janés, 1975. Bauer, E., *Historia controvertida de la Segunda Guerra Mundial,* Madrid, Rialp, 1967. Bertin, C., y Krieg, E., *La Segunda Guerra Mundial,* Madrid, Amigos de la Historia, 1976. Calvocoressi, P., y Wint, G., *Guerra total,* Madrid, Alianza, 1979. Dahms, H. G., *La Segunda Guerra Mundial,* Barcelona, Bruguera, 1972. Latreille, A., *La Segunda Guerra Mundial,* Madrid, Guadarrama, 1971. Lindell Hart, B. H., *Historia de la Segunda Guerra Mundial,* Barcelona, Caralt, 1972. Michel, H., *La Segunda Guerra Mundial,* Barcelona, Oikos Tau, 1972. Parker, R. A. C., *El siglo XX,* Madrid, Siglo XXI, 1978. Varios autores, *Historia mundial del siglo XX,* Barcelona, Vergara, 1971. Varios autores, *La II Guerra Mundial,* Madrid, Quorum Ediciones, 1986.

LA GUERRA EN EUROPA Y AFRICA

Accoce, P., y Quet, P., *La guerra se ganó en Suiza,* Barcelona, Plaza Janés, 1968. Bernard, H., *Historia de la resistencia europea,* Barcelona, Martínez Roca, 1970. Bernardini, J., *Cien contra uno. Historia de la guerra ruso-finlandesa,* Barcelona, De Vecchi, 1971. Bethell, N., *La guerra que Hitler ganó,* Barcelona, Grijalbo, 1979. Bragadin, M. A., *La Marina italiana en la Segunda Guerra Mundial,* Madrid, Editorial Naval, 1962. Condon, R. W., *Guerra de invierno. Rusia contra Finlandia,* Madrid, San Martín, 1976. Delarue, J., *La Gestapo,* Barcelona, Bruguera, 1971. Ehrlich, *Resistencia en Francia, 1940-1945,* Barcelona, Taber, 1978. Fabiani, C., *La Segunda Guerra Mundial en Africa,* Barcelona, Bruguera, 1974. Faye, J. F., *Los lenguajes totalitarios,* Madrid, Tecnos, 1974. Forrester, L., *Vuela por tu vida,* Buenos Aires, Vergara, 1980. Fuller, J. F. C., *Batallas decisivas del mundo occidental,* Madrid, Eds. Ejército, 1979. Giovannetti, A., *El Vaticano y la guerra,* Madrid, 1961. Hegner, H. S., *El Tercer Reich,* Barcelona, Plaza Janés, 1972. Hillgruber, A., *Estadistas y diplomáticos con Hitler,* Barcelona, Caralt, 1969. Horne, A., *La caída de Francia,* Barcelona, Bruguera, 1974. Irving, D., *La guerra de Hitler,* Barcelona, Planeta, 1978. Julián, M., *La batalla de Inglaterra,* Barcelona, Plaza Janés, 1969. Kogon, E., *Sociología de los campos de concentración,* Madrid, Taurus, 1975. Lam, C., *A la guerra en biplano,* Buenos Aires, Vergara, 1981. Lewis, N., *Nápoles, 44,* Barcelona, Argos Vergara, 1980. Littlejohn, D., *Los patriotas traidores,* Barcelona, Caralt, 1975. Majdalak, F., *La caída de la fortaleza europea,* Barcelona, Caralt, 1973. Manwell, R., *Conspiración contra Hitler,* Madrid, San Martín, 1972. Mayda, G., *Nuremberg,* Barcelona, Plaza Janés, 1968. Moorehead, A., *Trilogía africana,* Barcelona, Plaza Janés, 1968. Michel, H., *Los movimientos clandestinos en Europa,* Barcelona, Oikos Tau, 1972. Morales Lezcano, V., *Historia de la no beligerancia española durante la Segunda Guerra Mundial,* Las Palmas, 1980. Pastor Petit, D., *Anatomía del espionaje,* Barcelona, Plaza Janés, 1970. Paxton, R., *La Francia de Vichy,* Barcelona, Noguer, 1974. Piekalkiewicz, J., *Espías, agentes y soldados,* Barcelona, Plaza Janés, 1972. Renouvin, P., *Historia de las Relaciones Internacionales,* Madrid, Akal, 1981. Rhodes, A., *El Vaticano en la era de los dictadores,* Barcelona, Euros, 1975. Ruge, F., *Der seekrieg. Historia de la Marina de guerra alemana,* México, Herrero, 1965. Ryan, C., *El día más largo,* Barcelona, Plaza Janés, 1967. Shirer, W., *El colapso de la Tercera República,* Barcelona, Caralt, 1977. Sierra, L., *La guerra naval en el Atlántico,* Barcelona, Juventud, 1982. Sierra, L., *La guerra naval en el Mediterráneo,* Barcelona, Juventud, 1979. Steiner, J. F., *Treblinka,* Barcelona, Plaza Janés, 1972. Thornwald, J., *Comenzó en el Vístula* y *Terminó en el Elba,* Barcelona, Bruguera, 1967. Toland, J., *Los últimos cien días,* Barcelona, Bruguera, 1973. Toymbee, A. J., y otros, *La Europa de Hitler,* Barcelona, Vergara, 1968. Toymbee, A. J., y otros, *La guerra y los neutrales,* Barcelona, Vergara, 1968. Trevor Roper, H. R., *Los últimos días de Hitler,* Barcelona, Plaza Janés, 1965. Werth, A., *De la invasión a Stalingrado* y *De Stalingrado a Berlín,* Barcelona, Bruguera, 1968. Zentner, K., *La resistencia en Europa,* Barcelona, Bruguera, 1970.

LOS PROTAGONISTAS DE LA GUERRA

Balck, E., *Churchill,* Barcelona, Grijalbo, 1973. Bazna, E., *Yo fui Cicerón,* México, Diana, 1962. Bird, E., *El prisionero de Spandau,* Barcelona, Dopesa, 1974. Bullock, A., *Hitler. Un estudio de la tiranía,* Barcelona, Bruguera, 1969. Butler, E., y Young, J., *El mariscal sin gloria. Vida y muerte de Herman Göring,* Barcelona, Picazo, 1980. Churchill, W., *Memorias de guerra,* Barcelona, Orbis, 1985. De Gaulle, Ch., *Memorias de guerra,* Barcelona, Plaza Janés, 1968. Djilas, M., *Tito. Una biografía crítica,* Barcelona, Plaza Janés, 1982. Dobb, L. W., *Goebbels y sus principios propagandísticos,* Barcelona, 1982. Guerin, A., *El general gris,* Barcelona, Aymá, 1972. Hibbert, C., *Mussolini,* Barcelona, Pomaire, 1973. Höss, R., *Yo, comandante de Auschwitz,* Barcelona, Muchnik, 1979. Hutton, J. B., *Hess,* Barcelona, Plaza Janés, 1970. Lacouture, J., *De Gaulle,* Madrid, Edicusa, 1977. Menvell, R., y Franekel, H., *Heinrich Himmler,* Barcelona, Grijalbo, 1977. Skorzeny, O., *Vive peligrosamente,* Barcelona, Acervo, 1971. Speer, A., *Memorias,* Barcelona, Plaza Janés, 1969. Trotsky, L., *Stalin,* Barcelona, Ediciones de Materiales, 1974. Truman, H., *Mr. Ciudadano,* Barcelona, Plaza Janés, 1961. Young, D., *Rommel,* Barcelona, Grijalbo, 1967.

Imagínatelo.

